La Revista Blanca

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año II Núm. 21. - Segunda época | SARDAÑOLA - BARCELONA | 1.º de Abril de 1924

El Hombre y la Tierra

El hombre es la naturaleza formando conciencia de sí misma.

PREFACIO

Hace algunos años, después de haber escrito las últimas líneas de una larga obra, La Nueva Geografía Universal, *expresaba el deseo de poder un día estudiar al Hombre en la sucesión de las edades, como le había observado en las diversas regiones del Globo y establecer las conclusiones sociológicas a que había llegado. Trazaba yo el plan de un nuevo libro en que se expondrían las condiciones del suelo, del clima, de todo el ambiente en que se han cumplido los acontecimientos de la Historia, donde se mostrase la concordancia de los Hombres y de la Tierra, donde todas las maneras de obrar de los pueblos se explicasen, de causa a efecto, por su armonía con la evolución del planeta.*

Este libro es el que presento actualmente al lector.

Sabía de antemano que ninguna investigación me haría descubrir esa ley de un progreso humano quimérico, cuyo espejismo se agita sin cesar en nuestro horizonte, y que huye de nosotros y se disipa para reaparecer modificada después. Aparecidos como un punto en el infinito del espacio, no conociendo nada de nuestros orígenes ni de nuestros destinos, hasta ignorando si pertenecemos a una especie animal única o si han nacido sucesivamente varias humanidades para extinguirse y resurgir aún, en vano formularíamos reglas de evolución removiendo la niebla incoercible con la esperanza de darle una forma precisa y definitiva.

No; pero en esa avenida de los siglos, que los hallazgos de los arqueólogos prolongan constantemente en lo que fué la noche del pasado, podemos al menos reconocer el lazo íntimo que reúne la sucesión de los hechos humanos y la acción de las fuerzas telúricas, y nos es permitido seguir en el tiempo cada período de la vida de los pueblos correspondiente al cambio de los medios, observar la acción combinada de la Naturaleza y del Hombre mismo reaccionando sobre la tierra que le ha formado. La emoción que se siente contemplando todos los paisajes del planeta en su variedad sin fin y en la armonía que les da la acción de las fuerzas étnicas siempre en movimiento, esa misma música de las cosas, se resiente viendo pasar los hombres cubiertos con sus vestidos de fortuna o de infortunio, pero todos en estado igual de vibración armónica con la tierra que les lleva y les nutre, el cielo que les ilumina y les asocia a las energías del cosmos. Y así como la superficie de la tierra nos presenta incesantemente bellos paisajes que admiramos con toda la potencia del ser, del mismo modo el curso de la historia nos muestra en la sucesión de los acontecimientos escenas admirables de grandeza que nos ennoblecemos conociéndolas y estudiándolas. La geografía histórica concentra en dramas incomparables, en realizaciones espléndidas, todo lo que puede evocar la imaginación.

En nuestra época de crisis aguda en que la sociedad se encuentra tan profundamente conmovida, en que el remolino de evolución se vuelve tan rápido que el hombre, poseído de vértigo, busca un nuevo punto de apoyo para la dirección de su vida, el estudio de la historia es de un interés tanto más precioso, cuanto su dominio, incesantemente aumentado, ofrece una serie de ejemplos más ricos y más variados. La sucesión de las edades se convierte para nosotros en una gran escuela cuyas enseñanzas se clasifican ante nuestro espíritu, y hasta acaban por agruparse en leyes fundamentales.

La primera categoría de acontecimientos que observa y comprueba el historiador nos muestra cómo, por efecto de un desarrollo desigual en los individuos y en las sociedades, todas las colectividades humanas, a excepción de las hordas estancadas en el naturismo primitivo, se desdoblan por decirlo así en clases o en castas, no solamente diferentes, sino opuestas en

© Biblioteca Nacional de España

intereses y en tendencias, hasta francamente enemigas en todos los períodos de crisis. Tal es, bajo mil formas, el conjunto de hechos que se observa en todas las comarcas del universo, con la infinita diversidad que determinan los lugares, los climas y la madeja cada vez más enredada de los acontecimientos.

El segundo hecho colectivo, consecuencia necesaria del desdoble de los cuerpos sociales, es que el equilibrio roto de individuo a individuo, de clase a clase, oscila constantemente sobre su eje de reposo: la violación de la justicia clama siempre esperanza. De ahí, incesantes oscilaciones. Los que mandan tratan de permanecer los amos, mientras que los sojuzgados pugnan por reconquistar su libertad; después, arrastrados por la violencia de su impulso, intentan reconstituir el poder en su provecho. De ese modo, guerras civiles, complicadas con guerras extranjeras, con destrucciones y ruinas, se suceden en un enredo continuo con término diferente según el poder respectivo de los elementos en lucha: o bien los oprimidos se someten después de agotar su fuerza de resistencia; mueren lentamente y se extinguen, careciendo ya de la iniciativa que constituye la vida; o bien triunfa la reivindicación de los hombres libres, y en el caos de los sucesos pueden discernirse verdaderas revoluciones, es decir, cambios de régimen político, económico y social, debidos a la comprensión más clara de las condiciones del medio y a la energía de las iniciativas individuales.

Un tercer grupo de hechos, resultado del estudio del hombre en todas las edades y en todos los países, demuestra que toda evolución en la existencia de los pueblos proviene del esfuerzo individual. En la persona humana, elemento primario de la sociedad, ha de buscarse el choque impulsivo del medio, que se traduce en acciones voluntarias para esparcir las ideas y participar en las obras que modificarán la marcha de las naciones. El equilibrio de las sociedades sólo es instable por la dificultad impuesta a los individuos en su franca expansión. La sociedad libre no puede establecerse sino por la libertad absoluta suministrada en su desarrollo completo a cada hombre, primera célula fundamental, que se agrega en seguida y se asocia como le place a las otras células de la cambiante humanidad. En proporción directa de esa libertad y de ese desarrollo inicial del individuo, las sociedades ganan en valor y nobleza: del hombre nace la voluntad creadora que construye y reconstruye el mundo.

La «lucha de las clases», la busca del equilibrio y el arbitraje soberano del individuo son los tres órdenes de hechos que nos revela el estudio de la geografía social *y que en el caos de las cosas, se muestran bastante constantes para que pueda dárseles el nombre de «leyes». Ya es mucho conocerlas y poder dirigir según ellas la propia conducta y la parte de acción en la gerencia común de la sociedad, en armonía con las influencias del medio, de aquí en adelante conocidas y escrutadas. La observación de la Tierra nos explica los acontecimientos de la historia, y ésta nos hace volver a su vez hacia un estudio más profundo del planeta, hacia una solidaridad más consciente de nuestro individuo, tan pequeño y tan grande a la vez, con el inmenso universo.*

ELÍSEO RECLÚS

Esta obra está editada completa por la Editorial Maucci, y puede adquirirse por nuestro conducto.

Un pobre estudiante se turbó a la primera pregunta del examinador y no pudo responder en el acto sobre la cosa más sencilla.

El catedrático, de mal genio, llamó a un bedel y le dijo:

—Traiga usted un costal de paja para el señor.

Y recobrada la presencia de ánimo, replicó el chico:

—Traiga usted dos; almorzaremos juntos.

* * *

Un día Aristipo, el filósofo cortesano, viendo a Diógenes, el filósofo independiente, que lavaba en la fuente las legumbres con que se alimentaba, le dijo:

—Si hicieras la corte a los poderosos, no te verías obligado a alimentarte de esa manera.

—Y si tú te alimentases de esta manera — le dijo Diógenes, — no tendrías necesidad de hacer la corte a los poderosos.

© Biblioteca Nacional de España

«Los intereses creados» en la economía internacional burguesa

DESDE BERLÍN

Hace algunos años vi representar en uno de los teatros de esta capital, una comedia española traducida al alemán. Si mal no recuerdo se trataba de una serie de intereses de muy dudosa moral enlazados y unidos por la conveniencia mutua.

Erase un redomado pícaro que, haciéndose pasar por gran señor, como tal recibía y pedía prendas y mercedes. Pero se descubrió la impostura y al querer cobrar los mercaderes los dineros que habían soltado, encontráronse con que no había manera.

—¿Qué hacemos?—se preguntaron. ¡Si llevamos al truhán al Juzgado, dinero perdido! Y como era joven y de prendas personales atractivas y además andaba enamorado de la hija de un ricacho, los mismos estafados, para poder cobrar, arreglaron la boda, contra la opinión de los padres de la novia, que cedieron al fin, gracias a las alabanzas que del novio hicieron los prestamistas.

Pues bien, de tal suerte piensan los financieros y los estadistas de Europa arreglar sus cuentas.

El pícaro de la trama benaventina es aquí Alemania, que ha estafado a los capitalistas, a los ahorristas y a los Gobiernos de Europa y ahora esos capitalistas, esos ahorristas y esos Gobiernos andan buscando la manera de cobrar de Alemania sin mandarla al Juzgado, que se quedaría con todo o que sería el modo de no cobrar, por que no hay gobierno alguno en este viejo continente, aparte los de las naciones Balkánicas, que puedan contar incondicionalmente con sus pueblos para otra guerra, que es la otra forma o el Juzgado que podría cambiar la opinión de los gobernantes alemanes.

Alemania sabe que, felizmente, una nueva guerra hoy es imposible, dado el ánimo de los que habrían de hacerla. Por esto resiste y, como sus enemigos lo saben también, han ideado un método para cobrar del pícaro, sin que el pícaro suelte un céntimo.

He aquí el método que podrá o no al fin adoptarse, pero que hacia él se dirigen, en este momento, todos los Comités, todas las Conferencias de peritos y todas las Sociedades de Naciones lo saben quienes están entre los que manejan el tinglado de la farsa.

Uno de los factores de la baja del franco fué el lanzamiento, al mercado internacional, de la moneda francesa que se adquirió con la venta del marco papel, hoy desvalorado por el propio Gobierno alemán. Esto es, los millones de millones de marcos papel, traducidos en pesetas, por ejemplo, se tradujeron luego en francos que ahora se venden por millones.

En la venta de marcos pesetas ha producido el papel alemán, que ahora ni tiene ningún valor, 3,500 millones de marcos oro.

En la venta de marcos coronas suecas ha producido el papel marco, 1.300 millones de marcos oro.

En la venta de marcos florines holandeses, ha producido el marco papel 1.700 millones de marcos oro.

En la venta de marcos dólares, ha producido el marco papel, 1.200 millones de marcos oro.

En la venta de marcos libras, ha producido el marco papel, 1.900 millones de marcos oro.

En la venta de marcos pesos, ha producido el marco papel, 1.400 millones de marcos oro.

De manera que el papel de las bovinas teutonas se ha convertido, para Alemania, en 11,000 millones de marcos oro, sin contar las partidas cobradas en otros países, y el oro, como se sabe, cotízase a la par en todas partes. La industria de nuestro país ha hecho el diabólico milagro de dar a un papel que nada valía, un valor enorme, que en este momento se emplea contra Francia, nación que no estaba, financiera ni económicamente preparada para semejante ofensiva, como no lo estaba para la otra, y de la cual sólo puede salir contentándose con lo que Alemania, más rica monetariamente, le quiera dar.

Es más rico el deudor que el acreedor, porque el acreedor, para adquirir dinero, no ha

© Biblioteca Nacional de España

recurrido al procedimiento de quitárselo a todo el mundo.

Se dirá o dirán los poco avisados en estas cuestiones: Si tan rica es Alemania, ¿cómo no puede nivelar su presupuesto? No puede nivelarlo porque el débito alemán es otro engaño, así como, en muchos países, lo es el superávit.

Los gobiernos alemanes hacen lo contrario que los otros gobiernos de Europa. No ponen impuestos a los contribuyentes y gastan a manos llenas. Así la Hacienda del gobierno alemán se sostiene pobre aparentemente, mientras el país florece, porque no se le cargan impuestos y en cambio se le facilita dinero y obras públicas. De la estafa que se hace al mundo, todo el país participa de una o de otra manera, menos el dócil e ignorante obrero, al que se exige, para que el dominio alemán sea mayor en el terreno de la industria y de la finanza, largas jornadas.

De esta manera el *pobre* gobierno alemán no puede pagar lo que debe, pero su capitalismo se va haciendo con el dinero de los otros países. El gobierno continúa pobre ante el deudor y nada más. Es la fraudulencia que continúa.

Porque es preciso que el mundo entero sepa cómo se han enriquecido aquí los industriales, los comerciantes, los banqueros y cuantos tuvieron, de una o de otra manera, ocasión de colocar papel marco fuera de Alemania. Se les facilitaba la cantidad que querían cuando el marco estaba a 25, a 20, a 10 o a 5 por ciento, y luego ese papel moneda se ha devuelto, o mejor, los particulares han liquidado sus cuentas con el Banco del Imperio cuando el marco estaba por debajo del cero.

De esta suerte el Banco nada perdía, puesto que había dado papel sin valor y con papel sin valor cobraba, pero los alemanes que habían traducido el papel marco en divisas extranjeras, habían ganado enormes fortunas a costa de los no alemanes.

* * *

La creación del Banco Internacional, para emitir oro, que se está organizando con la aquiescencia de los gobiernos aliados y alemanes y que los alemanes querían que funcionara en Berlín y los técnicos aliados han resuelto que funcione en Zurich, se creará, fíjese bien el lector, a base del dinero extranjero procedente de la venta de marcos billetes.

Ese Banco Internacional, si llega a funcionar, emitirá billetes oro que se darán a Francia a cuenta de las reparaciones. Será el mismo dinero que los alemanes han sacado del extranjero, y en realidad, Alemania nada le dará a Francia; se lo darán los confiados que compraron papel moneda alemana.

Si a esa maniobra se avienen los gobiernos aliados, se convertirán en cómplices de la estafa internacional que han cometido los gobiernos alemanes, y, si no se avienen, los teutones se cerrarán a toda otra solución, ya que están a punto de poner *con su pobreza*, el pie al cuello de la hacienda y de la industria internacionales. Advirtiendo que ya se les hace muy cuesta arriba a los alemanes entregar a Francia el dinero que han estafado a los europeos. Si se lo dan es con la esperanza de ver al Ruhr libre de tropas extranjeras, ayudada de Inglaterra y de los Estados Unidos que empiezan a no ver muy claro—¡que larga fué la ceguera!—lo de la insolvencia teutona.

Pero la solución del Banco Internacional, que emitiera billetes oro para Francia, haría imposible, por parte de Alemania, la devolución del dinero que ha robado al mundo, retirando de la circulación el marco papel, porque el marco papel, inmoralmente convertido en oro, habría de pasar en parte a Francia, que por interés particular legalizaría la expoliación, poniéndose al lado de Alemania, o sea del estafador, lo mismo, exactamente, que ocurre en *Los intereses creados*.

No obstante y a pesar de que la solución de las cuestiones financieras internacionales de tal suerte admitidas favorece lo mismo a Francia que a Alemania, o más a la segunda que a la primera, el gobierno alemán, fuerte en su actitud, ya que no en su derecho, no está definitivamente dispuesto a entregar a Francia el dinero hurtado a los demás países y a Francia misma si antes ésta no abandona el Ruhr, que conserva precisamente en rehenes.

Y aquí está el nudo de la cuestión, que Mac Donald quiere deshacer y en cuyo empeño le ayuda Inglaterra entera. ¿Lo logrará? Sería el mayor galardón de su historia.

* * *

© Biblioteca Nacional de España

La solución de esa magna obra estaría en el pueblo si el pueblo no durmiera. Pero el pueblo no existe o no tiene conciencia de su fuerza y deja que los poderosos le exploten y jueguen con él y aún le hacen defender sus intereses y sus trapacerías.

¿Cuándo se levantará contra tanta injusticia y establecerá la ciudadanía del Universo?

¿Cuándo el obrero, el más interesado, porque es la víctima mayor, impondrá, no ya la nacionalización de los intereses, sino la humanización de todas las riquezas?

Y el momento, aparte de la guerra, que no volverá a producirse sin provocar la revolución, es de los más oportunos. Por el trabajo se sostienen, aunque con dificultad, todos los intereses capitalistas y les bastaría a los trabajadores, para que el injusto andamiaje burgués se viniera al suelo, el más pequeño empujón o el más pequeño paro en la nutrición del estómago burgués.

La economía burguesa no puede ni debe reponerse. Se podría reponer a base de grandes economías o del pauperismo obrero. Las economías que la caja burguesa necesita no pueden llevarse a cabo porque continuarán viviendo todas las naciones con la amenaza de nuevas guerras, y la reposición de la economía haciendo producir mucho al obrero y pagándole poco, es también un poco difícil, porque la mayoría de los trabajadores, si bien no tienen una idealidad bien definida y con fuerza bastante para substituir a la burguesía en la dirección de las sociedades, tienen el suficiente criterio para ver que sus intereses de clase consisten en no ser instrumento del interés capitalista, que es trabajar mucho y cobrar poco.

Ahora mismo que se habla de escasez de trabajo en todos los países, si los trabajadores de cualquier taller o fábrica parados de no importa qué nación del mundo, se prestaran a trabajar bestialmente doce o más horas diarias y ganar poco, encontrarían ocupación al instante. El patrono, por arruinado que estuviese, reconstruiría al poco tiempo su fortuna. Así se encuentra el mundo burgués entre los enormes gastos a que le obligan sus rivalidades nacionales y los pocos ingresos que rinden una jornada corta y un jornal alto.

De ahí que las cuentas burguesas no puedan saldarse y por tanto que sea inevitable su derrota tras de quiebras, reacciones y revoluciones. El mundo socialista ha de prepararse para poder llevar a las sociedades hacia una superior estructura.

RUDOLF SHARFENSTEIN

Berlín, marzo de 1924.

El pesimismo en la literatura

Rémora del cristianismo; resto de la infinitamente sombría religión del dolor, debe ser esta tendencia, aun fuerte y vigorosa hoy, de llenar de sombras, llagas y tragedias, las páginas de la literatura.

Los maestros de la escuela rusa, la más triste y mística y cristiana de todas las escuelas, llevaban sobre su alma y su pluma la desolación de aquel infierno de tiranías y de esclavitudes, de crímenes y de miserias y tenían también el fatalismo de la religión y de la raza. Se comprende en ellos las sombras y el dolor. Se concibe la falta de una luz esperanzadora y salvadora, consuelo y faro del porvenir.

Lo que no se concibe es que un escritor, de raza latina, de países de sol, por trágica e inquieta que haya sido su vida, por dolores que lleve abatidos sobre su corazón, no ponga un poco de luz, un poco de esperanza, un poco de deseo, de alegría, de goce de vivir en la prosa que de su pluma salga.

Tales pensamientos ha producido en mí la lectura, acre y amarga, de un libro que ha llegado hasta las mesas de esta Redacción.

«Tinieblas» se titula y tinieblas es. Hay en él un prólogo, muy bello y acertado, del distinguido escritor americano J. R. Barcos, y el prologuista, quizá con el mismo amargor que en mí ha dejado su lectura, esboza

© Biblioteca Nacional de España

unas cuantas consideraciones, pidiendo esperanza, pidiendo consuelo, pidiendo la gracia de un poco de sol...

Dice también que el autor de este libro, Elías Castelnuovo, es joven y avanzado, y, sobre todo, que ha sufrido.

No lo dudo. Un alma clara y riente no tendría fuerza ni ganas de describir tanto dolor. Humanamente, si el dolor existe, es justo y noble trasladarlo al papel. Pero, humanamente, por el gran deber que con la Vida todos tenemos, precisa también hacerla triunfar sobre la Muerte.

En «Tinieblas», la Vida es monstruosa; la Vida agoniza; la Vida muere... Y, por encima de ella, dominándola y coronando el libro, la Muerte impera y mata el consuelo de un porvenir que allí no existe; de una justicia que allí no se invoca; de una siembra que allí no se puede recoger.

¿Qué utilidad tiene, pues, este libro, y todos los que como él sean, que canta lo más trágico de la vida, lo más vil de las pasiones, lo más bajo y miserable del hombre, sin, por lo menos, levantar sobre ello una visión serena y fortalecedora?

Ninguna. No tiene ninguna utilidad.

Y yo, no con la simple intención de hacer un artículo más, sino con el propósito de combatir esta tendencia desvitalizadora y aun, a ser posible, de iniciar una cruzada contra el pesimismo, contra la negación sistemática de toda luminosidad, contra las desviaciones que esterilizan el esfuerzo intelectual, he cogido la pluma para trazar unas cuantas consideraciones, encaminadas, modestísimamente, hacia tan imprescindible renovación.

Comprendo que de poco o nada servirá cuanto diga. Sé lo poderosa que es la fuerza de la corriente o bien el convencimiento personal para que se oigan voces contrarias a ellos. Sé también que las tendencias literarias, como la moda, por disparatadas que sean, triunfan siempre sobre la razón. Pero sé igualmente cuanto daño causan a la Evolución y a la Vida, ideas, obras y palabras que representan retrocesos y caracterizan desolado pesimismo.

Por esto, aunque temiendo caer en el vacío y, desde luego, considerándome con poca autoridad para combatir a nadie, mas con el libérrimo derecho de poderlo hacer y con el máximo deber de entregar mi grano de arena a la obra humana, señalo la desviación e invoco la senda regeneradora, de cara al porvenir y no al pasado, frente a la luz y no surcada de tinieblas.

* * *

Rémora del cristianismo he llamado a esta tendencia pesimista e inconsolable de la literatura y rémora es.

En «Tinieblas» aparece también claramente esta influencia, malsana, miedosa y atrofiadora, de la religión de los martirios, imponiéndose y triunfando de la Naturaleza, que es luz, y risa sana, y vivir sereno.

Todos los episodios lastimeros, macabros e inhumanos de aquel libro, aparecen bajo la advocación del nombre de Cristo y tras párrafos de las Sagradas Escrituras. Y no puede haber alegría donde sólo se invoca al dolor. Y no puede haber siembra germinadora donde sólo existe esterilidad.

Es lástima que Elías Castelnuovo, poseyendo un estilo muy original y de una potencia narradora que recoge y atrae poderosamente la atención, haya empleado su talento en glosar miseria, no sembrando, en medio del lodazal removido, ni una semilla salvadora de vida y de ideal.

No es él sólo, de la generación moderna, el que ha caído en esta pasiva y triste negación. El realismo de Zola y el desmenuzamiento, prodigioso y admirable, de los grandes literatos rusos, que recogían la vida, cruel, helada y espinosa como ahora es, causó estragos en la literatura. Digo estragos porque, llevados los que tras ellos vinieron, del acostumbrado afán de originalidad, superaron exageradamente las tendencias y donde había vida cruda pusieron ya desolación.

Y esto no ha de ser, no puede ser y precisa que se revisione a la literatura; que en ella triunfen las tendencias vitales, en vez de la fatalidad y el misticismo, restos de una religión negadora y profanadora de la Vida; que se imponga la elevada moral de la Naturaleza sobre las monstruosidades sociales y humanas; que en ella haya un valor afirmativo, un fervor ideal y una serena, una gran confianza en el mañana.

Porque la literatura es un factor, y de los más importantes, que interviene en la liberación y regeneración universales. Merced a ella, y en muchas ocasiones se ha comprobado, se detienen o se exacerban crisis colecti-

© Biblioteca Nacional de España

vas y se preparan acontecimientos de transcendencia mundial.

Loco sería el que afirmase que la Revolución Francesa, la sacudida más formidable de la Historia, fué obra únicamente de un pueblo hambriento y esclavizado, que quería pan y libertad. Sin la generación filosófica, brillante y humanísima, que la precedió, el credo revolucionario no hubiera existido y la Revolución se habría limitado a ser una serie de algaradas populares.

Pero ella estaba madurada largamente. La Enciclopedia había sido el primer toque de atención y el espíritu hallábase preparado.

Ahora también maduran una Revolución y un ideal que serán universales y en cuya tarea constructora intervendrán todos los valores. Inútil es decir que la literatura es uno de los más preciados y activos; que con ella se dará internacionalmente el toque de atención que el genio francés dió con la Enciclopedia.

¿Y qué toque de atención puede dar una literatura meramente negativa, sin espíritu vital, ni ansias de construir? Puede excitar el dolor y la cólera, puede sumir en tinieblas, en verdaderas y desoladas tinieblas el alma humana, mas ella de nada sirve, si a través de estas tinieblas no brilla la luz de una meta, de una finalidad, de un punto hacia donde dirigir nuestros pasos.

Y no hablo de la literatura incolora e insignificante, exótica y disparatada, que priva en las esferas intelectuales burguesas. Hablo de la literatura demoledora, de crítica social y de espíritu rebelde.

He dicho de espíritu rebelde generalizando. Si hubiese querido dedicar este artículo exclusivamente al libro de Elías Castelnuovo, habría sido preciso señalar su falta de empuje, de protesta, de ímpetu reivindicador. Cristo reina en él. El Cristo de los pobres, de los despojados, de los doloridos, pero de los cobardes también. Cristo que levanta pecadoras, redimiéndolas no con el amor humano, sino con el amor de Dios. Cristo que pide justicia y presenta su otra mejilla a la mano abofeteadora. Cristo bueno y dulce y triste, que sembraba mansedumbre, cuando había de sembrar rebelión.

Y esto tampoco ha de ser, no puede ser. Vida hay que glosar; alegría y derecho de vivir; fuerza, salud, esperanza y confianza ilimitada hay que propagar. Flores y no espinas. Afirmaciones y no negaciones. Optimismo y no pesimismo. Luz y no tinieblas.

Cara a la Vida debemos dirigir nuestros pasos y no cara a la muerte. Ansias de triunfar y fuerza y valor para ello ha de haber en nosotros. Campos de trigo y no cementerios han de extenderse a nuestra vista.

¡Desolación, pesimismo, dolor, tragedias, luto, lágrimas! ¡No, no!

Contra ellos han de dirigirse nuestros esfuerzos. Debemos desterrarlos de la vida y debemos empezar por desterrarlos de nuestra mente. Debemos sembrar plantas sanas y no venenosas en nuestra labor. Debemos poner luminosidad y alegría en nuestra vida, ponerlas en la vida ajena. Debemos combatir a la sociedad con la esperanza en un mundo mejor y no con la sola y trágica evocación del infortunio y de la injusticia.

—¡He sufrido!—invoca el que únicamente narra dolor.

—¡Has sufrido! Sí, es cierto; pero el sufrimiento ha de ser acicate y rebeldía y no monstruosidad y resignación.

Has sufrido y por el mismo sufrir tuyo ha de haber en ti ansias de vida, de felicidad y de dignificación. Y no es con lágrimas y pesimismo como se conquista al porvenir. No es hundiéndose en el abismo de las negaciones como se afirma un ideal. No es con sombras como se dilata la luz del sol.

Campos de trigo, repito, y no cementerios, han de extenderse a nuestra vista.

FEDERICA MONTSENY

© Biblioteca Nacional de España

EFEMÉRIDES DEL PUEBLO

1 de abril de 1814.—Es destronado Napoleón I.

Aunque los historiadores han calificado de Grande a Napoleón I, no tuvo otra grandeza que dejar en los campos de batalla a más de dos millones de cadáveres franceses, sin contar a los otros que, por su culpa, encontraron la muerte también en las distintas batallas que sostuvo.

Su desmesurada ambición le llevó a no respetar ningún derecho ni a cumplir ningún acuerdo, por sagrado que fuera, congraciándose con este proceder la enemistad de todos los poderosos de la tierra y últimamente la de los franceses con la desdichada campaña de Rusia verificada en 1812, que costó más de quinientas mil vidas humanas.

Ese niño grande llamado pueblo, que con el mismo entusiasmo ciñe la corona de laurel en la sien del vencedor que la de espinas en la del vencido, ayudó a los poderosos que se habían coaligado contra Napoleón a destronar al ídolo que durante catorce años de guerra continua acabó con las energías de Francia.

El golpe de Estado del 18 Brumario que concedió a Bonaparte el nombramiento de cónsul para acabar con la Revolución, tuvo su epilogo en la isla de Santa Elena.

—

2 de abril de 1767.—Carlos III expulsa de los dominios españoles a la Compañía de Jesús.

En el siglo XVII ejercieron los jesuítas grande influencia como predicadores y como profesores de los reyes; pero en aquella época, estando, también, en su apogeo el protestantismo que defendía el libre examen, que los jesuítas combatían, se crearon muchos y grandes enemigos. La secta de los jansenistas hizo una guerra sin tregua ni descanso a la Compañía de Jesús, a sus principios y a su moral, continuando la lucha hasta el siglo XVIII que se unieron los filósofos a los jansenistas del Parlamento.

Varios gobiernos tuvieron miedo de la influencia jesuítica, por lo que éstos, después de haber vivido largo tiempo triunfantes, a su vez se vieron perseguidos. El ministro Pombal (1759) fué el que rompió el fuego expulsándolos de los dominios portugueses. Los Parlamentos de Francia, con madama de Pompadour y Choiseul siguieron este ejemplo (1762); luego fué imitado en España por Carlos III y su ministro conde de Aranda en 1767, desembarcándolos todos en un día dado en el puerto de Civittavechia a disposición del Papa.

—

3 de abril de 1881.—Sofía Perowskaia es ahorcada por haber tomado parte en la muerte de Alejandro II.

Perteneciente esta animosa y heroica joven a la aristocracia moscovita (su padre era gobernador militar de San Petersburgo) entró tan de lleno en las ideas nihilistas que pretendían libertar a Rusia de tiranos, que entregó su vida en holocausto de esa liberación.

—

4 de abril de 1877.—Insurrección de Benevento (Italia).

Un grupo de entusiastas y valientes jóvenes internacionalistas decididos a acabar con las vejaciones de la presente sociedad, reunióse en San Lupo (Benevento) para proclamar la liquidación social. Guiados por su entusiasmo no contaron el número de combatientes. Sólo vieron injusticias y trataron de destruirlas.

Sublevároнse al grito de ¡*Viva la Rivoluzione Sociale*! ¡*Abbaso i signori ladroni*! En su correría inutilizaron los archivos del Estado y cuanto encontraron en las oficinas o edificios del gobierno fué distribuido entre los habitantes de los pueblos, captándose las simpatías de la gente que se convirtió en su más acérrima partidaria.

Enviadas en gran número fuerzas gubernamentales en persecución de los sublevados, pronto dieron fin de ellos. Sin embargo, los pocos que cayeron presos declararon con energía y entereza que «se habían sublevado para provocar la Revolución Social a fin de que por ella se realizase la emancipación de las clases trabajadoras y el triunfo de la justicia y de la libertad».

—

© Biblioteca Nacional de España

5 de abril de 1872.—Celébrase en Zaragoza el segundo Congreso de la Internacional de España.

Apesar de la circular del gobierno español presidido por Sagasta, declarando la Internacional fuera de la ley, los internacionalistas españoles celebraron su Congreso Regional Español. En su manifiesto declaraban que, si el gobierno se oponía, entonces proclamarían *la guerra de clases*: *la lucha entre pobres y ricos.*

—

6 de abril de 1793.—Creación del famoso Comité de Salud Pública en París.

—

7 de abril de 1795.—La Convención francesa adopta el sistema métrico decimal.

En el artículo 5.° del decreto se fijan definitivamente los nombres de metro, área, estárea, litro y gramo. A estas denominaciones se añadió la de la unidad de moneda: el franco.

—

8 de abril de 1851.—Sublévase el pueblo de Lisboa contra el despótico Costa Cabral.

Empezó Costa Cabral lo que se llama su dictadura, hollando la Constitución, aboliendo todas las libertades públicas y teniendo buen cuidado de enriquecerse a costa del erario público. Para afirmar más aun su poder, apoyado por ambas Cámaras y por la corte del rey don Pedro, publicó tres decretos que destruían todas las libertades y garantías constitucionales al instituir la previa censura en la einseñauza, suprimir la inamovilidad judicial, someter el ejército al gobierno sin garantía alguna y perseguir inhumanamente al trabajador. Ante aquellas circunstancias se coaligaron todos los partidos en contra suya, y aun cuando sofocó varias insurrecciones, cayó del poder por la revolución que estalló el año 1851.

—

9 de abril de 1626.—Muere el célebre Descartes, fundador de la filosofía racionalista.

Descartes poseyó una de las inteligencias mejor organizadas que registra la Historia, y apenas hubo ciencia en que no brillara y en que no dejara profunda huella de su genio. Debe ser considerado Descartes bajo dos aspectos: como cultivador de las ciencias matemáticas, físicas y naturales y como filósofo. Nace su popularidad y renombre de sus trabajos filosóficos; pero ha prestado mayores servicios como hombre de ciencia y especialmente como matemático. Creó la aplicación del Algebra a la Geometría, lo que constituye uno de los mayores descubrimientos; fundó la Geometría analítica; introdujo los exponentes y dió aplicación práctica por primera vez a las cantidades negativas.

En Física expuso Descartes la teoría del arco iris y descubrió las verdaderas leyes de la refracción de la luz. También se le debe la teoría de que el vacío no existe, plenamente confirmada por la ciencia moderna.

—

10 de abril de 1834.—Los trabajadores de Lyon se sublevan al grito de: «Vivir trabajando o morir combatiendo».

La sublevación de Lyon fué una de las primeras chispas de revolución social; pero las tropas del gobierno derrotaron y mataron a muchos socialistas para sofocar aquel fuego que ardía ya en las entrañas de la masa trabajadora francesa.

—

11 de abril de 1871.—La *Commune* de París acuerda la demolición de la columna de Vendome.

Esta columna llamada del *Gran Ejército* porque está construída con el material de guerra cogido al enemigo por las tropas de Napoleón, situada en la plaza de Vendome, la derribaron los comunalistas dando pruebasbas prácticas de su cosmopolitismo.

Sin embargo, la columna del *Gran Ejército* vuelve a estar en pie en la plaza de Vendome de París.

—

12 de abril de 1752.—Fundación de la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

—

13 de abril de 1551.—Permítese al célebre matemático francés Pierre Ramús adoptar para la enseñanza el método que tenga por conveniente.

Era Ramús una inteligencia eminentemente privilegiada y en aquella época en que dominaba la escolástica, es decir, en aquella época en que los doctores escolásticos habían llevado a la perfección el arte de hablar para no decir nada, ante un concurso numeroso de eminencias Ramús declaró que, por sobre la autoridad de Aristóteles y de todos los sabios se elevaba la autoridad de la razón. Decir esto en aquella época era peli-

© Biblioteca Nacional de España

groso y Francisco I prohibió a Ramús la enseñanza de la Filosofía y se suprimieron sus obras filosóficas, hasta que en 1551 Enrique II anuló la interdicción impuesta al sabio maestro.

—

14 de abril de 1871.—Entiérrase en París al consecuente socialista Pedro Leroux, único de los diputados que en la Asamblea nacional de 1848 levantó su voz en defensa de los obreros que empuñaron las armas en las sangrientas jornadas de junio.

—

15 de abril de 1881. — Son ahorcados en San Petersburgo cinco nihilistas camplicados en la muerte de Alejandro II. Suben al patíbulo con la resignación de los mártires como todos los nihilistas que de antemano hacían el sacrificio de su vida.

SOLEDAD GUSTAVO

Lágrimas del pensamiento

En mi juventud (22 años), cuando aun conservaba todas las amistades de la infancia, el mejor y más querido de mis amigos me pidió que le explicara las ideas que yo sustentaba para abrazarlas si eran de su agrado:

—No te las cuento—le dije,—porque no quiero que sufras las persecuciones y los disgustos que yo habré de sufrir por mis opiniones.

Entonces aun no había padecido ninguno; pero estimaba a mi amigo demasiado para exponerle a los tormentos morales y materiales a que en nuestro pobre país se somete a los que no piensan como las clases dominantes y que yo estaba dispuesto a sufrir. Mi amigo, por nombre José Alsina, casó más tarde y se retiró, con su esposa, a Vilavert, provincia de Tarragona.

Pues bien: aquel dolor anticipado que sentía por las penas que podían padecer mis mejores amigos, renace aún, si bien no con el mismo empuje, cuando veo a esos jóvenes, casi niños, preocuparse con abnegación y sencillez, que es como deben defenderse las ideas para hacer de su esencia y de la nuestra un solo cuerpo, por la suerte de su clase.

Tal me ocurrió al oir y conocer personalmente a Germinal Esgleas y tal me ocurre, aun sin conocerle, con Carlos Carqués, de quien va un hermoso artículo en este mismo número. Ambos no cuentan más que 20 años.

—¡Pobres jóvenes, pobres niños—exclamo;—¡qué porvenir les espera! Y yo, que quiero con tanta vehemencia a mis opiniones y que las defiendo por amor a los hombres, por amor a los hombres, también, quisiera que nadie más que yo las sustentara, para que nadie más que yo sufriese tormento por ellas.

—¡Será inútil vuestra bondad, jóvenes libertarios! ¡Será inútil vuestro amor por las santas que os dieron el ser! ¡Será inútil vuestra conducta intachable! ¡Inútil será que la gente de vuestros pueblos os presenten como ejemplos de virtudes y que todas las madres, con hijas casaderas, os quieran dar sus hijas, apreciando vuestros dotes personales!

Los nombres que llevéis y las señas que tengáis se inscribirán en los registros de la policía, como los de la gente próxima al crimen o en él ya, sólo por tener pensamiento.

Y a todas partes os seguirán individuos, que, por buenos que sean sus antecedentes morales, no serán como los vuestros, y se os leerá la correspondencia antes que llegue a vuestro poder, y no podréis visitar a vuestras relaciones por no comprometerlas, y se os meterá en la cárcel cuando a cualquiera de aque-

© Biblioteca Nacional de España

llos individuos se le antoje hacer méritos o a los gobernadores se les conviertan en huéspedes sus dedos; e iréis a la cárcel por el crimen horrendo de querer mejorar la suerte humana y vuestras madres dolorosas, cual las de todos los mártires, llorarán pegadas a la reja de la cárcel...

¡Pobre madre mía! ¡Aun la recuerdo y aun la lloro! ¡Aun la dedico mis pensamientos y mis amores! ¡Aun la veo junto a la reja maldita! ¡Aun está allí en el borde de la carretera, esperando que pase, entre civiles, su hijo amado...

Pero también todo será inútil. Las ideas se aferran a nosotros cual la hiedra a la pared. Se corta, retoña y vuelve a subir. Y detrás de un desengaño, otro, y detrás de un disgusto, otro, y detrás de una pena otra pena... Pero las ideas quedan ahí tan fijas e inmutables y con raíces tan hondas, que no ceden más que cuando muere el ser.

Y es que si el hombre no aspirara a una vida mejor, fuera de ésta grosera, inculta y egoísta que facilita el dinero, ¿qué tendría de hombre?

Si no dejara en esta vida y no le diera, al mismo tiempo, un poco de ilusión, un poco de esfuerzo y otro poco de esperanza, ¿habría vivido? ¿Nos distinguiríamos de los demás animales? Nosotros mismos, si antes otros no hicieran lo que nosotros ahora, ¿seríamos lo que somos?

Y en esta lucha por ser más dignos y en este goce por querer serlo, se ha levantado algo cerca de mí, algo pegado a mí, algo que de mí salió, sin yo jamás decirla que sustentara tales o cuales ideas, que me hace vivir entre la dicha y la tragedia.

* * *

Rubricada queda la sentencia de una sociedad que pone, a quien nunca cometió delito, al margen de todo reposo; que paga hombres para que vigilen a quien es como el que esto escribe y que en cambio protege y ampara a quienes viven del robo, cual todos los comerciantes y del asesinato, además, como casi todos los industriales.

¿Y por qué? Porque nosotros queremos mejorar el mundo mejorando a los hombres y mejorar a los hombres mejorando al mundo, y los demás se adaptan al mundo y halagan a los hombres, o los persiguen para explotarles y envilecerles.

¡Qué malo es ser bueno y qué bueno es ser malo!

FEDERICO URALES

Biblioteca de "LA REVISTA BLANCA"

OBRAS PUBLICADAS:

SEMBRANDO FLORES: novela de una vida ideal.	1'25 ptas.	ejemplar
LOS GRANDES DELINCUENTES: novela de actualidad social .	0'85 »	»
LOS HIJOS DEL AMOR: novela de unas vidas que nacieron sin la sanción de las leyes morales ni sociales	1'50 »	»

© Biblioteca Nacional de España

Crónica científica

DESDE LONDRES

Los adelantos en la industria del vidrio. — Los postes radiofónicos a resonancia.—Porvenir prodigioso de la radiotelefonía transatlántica.

Una curiosa consecuencia de leyes ópticas, muy poco conocidas, ha producido un aparato de aplicación en los laboratorios industriales, produciéndose, gracias a él y al empleo de la luz polarizada cromática descubierta por Arago en 1811, investigar los defectos invisibles del vidrio.

Cuando el vidrio reblandecido para poderse trabajar vuelve a la temperatura ordinaria, no presenta, ni con múcho, propiedades uniformes en toda su masa. El enfriamiento más o menos rápido de las diferentes partes calentadas, la presencia de un vidrio o de un metal de coeficiente de dilatación diferente, la forma de la soldadura o hasta de las diferentes piezas soldadas, hacen que ciertas partes detenidas en su movimiento por la solidificación o los otros obstáculos enumerados, sean violentamente echados en el momento de la solidificación total a consecuencia del retraso debido al enfriamiento. Estas partes comprimidas, tendidas o echadas, son en extremo frágiles, porque basta que un choque, una rayadura o una variación de temperatura mínima, destruya ligeramente el equilibrio en un punto vecino de su asiento, para que inmediatamente la fuerza latente contenida en sus tensiones, produzca una raja más o menos extensa. Visualmente nada hace sospechar esos defectos, que en particular son causados por el enfriamiento demasiado brusco del vidrio después de su fabricación. Podríase, evidentemente, pensar que aun no descubriendo los defectos, bastaría impedir que se produjeran, haciendo resfriar con lentitud, en un recinto previamente calentado, las piezas que acabasen de ser elaboradas y habiendo siempre vidrios o metales del mismo coeficiente de dilatación. Por desgracia, ese medio en general es inaplicable. No puede aplicarse prácticamente por razones de valor, de encumbramiento y de posibilidad. Las necesidades de la construcción obligan a no hacer más que «recocidos» locales y metódicos, y, por consiguiente, a merced de un engaño. Este engaño no se vislumbrará hasta mucho tiempo después por una raja, y como muchas personas habrán concurrido a la elaboración del trabajo, que no habrá podido ser verificada a cada operación, la responsabilidad será imposible de establecer.

Ante esta situación tan embarazosa, tanto por la actividad como por la calidad de la producción, el examen con luz polarizada es de un recurso inapreciable para descubrir las tensiones internas del vidrio. Sabido es que ciertos cuerpos absolutamente transparentes para la luz ordinaria, pueden presentar en luz llamada polarizada aspectos reveladores de heterogeneidades internas. El examen del vidrio con luz polarizada es, pues, el medio apropiado para descubrir los defectos que señalamos, y esta aplicación hace tiempo ha sido puesta en práctica. Pero el examen que únicamente se hacía antes sobre las piezas de vidrio de caras paralelas, debe aplicarse hoy a piezas de cualquier forma.

A tal objeto, se ha inventado un aparato de luz polarizada que permitirá descubrir instantáneamente los defectos que tengan las piezas de vidrio elaboradas. Este aparato está formado de dos pedazos de espato de Islandia, que tienen la propiedad de no dejar pasar la luz polarizada sino cuando está vuelto siguiendo un plan conveniente. Basta que sea de grandes dimensiones para que se pueda mirar los objetos a través con un solo ojo (algunos milímetros no más). Es, pues, poco estorbo, y los objetos vistos a través de su masa, guardan su sentido verdadero. El aparato de luz polarizada está construído de la siguiente manera: un espejo de vidrio negro para que no pueda reflejar rayos de luz sobre la segunda cara, iluminado bajo la incidencia de 55 grados por una lámpara situada detrás de una pantalla. Se obtiene así, un rayo de luz polarizada, de dimensiones suficientes para permitir el examen de los objetos. Un prisma de Nicol, situado a cierta distancia, sirve de analizador; debe, naturalmente, estar montado de manera que pueda dar vueltas alrededor de un eje paralelo a la dirección del rayo de luz polarizada.

La utilización de este precioso aparato no se limita sólo al examen de los defectos de las

© Biblioteca Nacional de España

piezas fabricadas; se lo emplea también para estudiar el coeficiente de dilatación del vidrio por comparación con una substancia muy semejante, el platino.

* * *

Entre los diferentes sistemas de ampliación utilizados desde el último concurso transatlántico, hay uno que ha llamado poderosamente la atención de los aficionados a la telefonía sin hilos, dando resultados remarcables: es el llamado *a resonancia*.

Es un hecho conocido de todos los *amateurs* que, para establecer un ampliador capaz de recibir débiles emisiones a grandes distancias, es necesario ampliar las señales a recibir a alta frecuencia antes de la detección. Efectivamente, el rendimiento de una lámpara detectriz (y de todo detector en general) es proporcional al cuadrado de la tensión alternativa aplicada a la rejilla de la lámpara eléctrica.

Se concibe, pues, al momento la ventaja de la amplificación a alta frecuencia.

Entre los diversos montajes preconizados, los ampliadores a resistencia, aun siendo muy sencillos y de un arreglo fácil, presentan algunos graves inconvenientes. Su sensibilidad por las ondas superiores a 2,000 metros, decrece proporcionalmente a la disminución de la longitud de la onda, de suerte que ella es, por así decirlo, inexistente para las ondas de 150 a 400 metros.

La transmisión de energía a alta frecuencia es realizable por los medios siguientes:

1.° Unión por transformadores combinados por medio de un condensador variable; y

2.° Por medio de una self nido de abeja y de un variometro combinados igualmente por un condensador variable colocado en la plancha del circuito.

El establecimiento de un poste a resonancia, capaz de recibir sobre una larga gama de longitud de onda (por ejemplo de 150 a 4,000 metros) presenta ciertas dificultades, entre otras la disposición de sus diversos circuitos así como el funcionamiento de la reacción. Esta última dificultad ha sido solucionada con los aparatos Vitus a resonancia, acordando la reacción según los principios, actualmente clásicos, de Armstrong-Grace con todas sus propiedades de acuerdo, de reacción y de amplificación, el aficionado, provisto de un poste semejante, puede, con razón, considerarse completamente equipado para la recepción de los postes franceses, ingleses y hasta... americanos.

La resonancia es una realidad, cuyos resultados máximos son definitivos, sus principios atestiguan tal perfeccionamiento, que su éxito está asegurado por muchos años.

* * *

El 15 de enero del año pasado hallábanse reunidas unas sesenta personas en una sala de Londres para oir los mensajes que debían ser transmitidos por telefonía sin hilos de New-York. A la hora indicada, la recepción comenzó; continuando unas dos horas sin interrupción y con una claridad y una uniformidad tan grandes como las de un circuito telefónico ordinario. La recepción se hacía alternativamente ora sobre auditores, ora en alta voz. Los aparatos emisores estaban situados en la estación de Rooky-Point (Estados Unidos) y utilizando la gran antena de la que esta estación está provista. El poste receptor estaba instalado en New-Southgate (Inglaterra).

Por otra parte, la noche del 11 de diciembre último el poste de emisión del «Radio Broadcast Central» de New-York y el de Schenectady, enlazado al primero por una unión especial, Mr. Paul Dupuy, senador por los Altos Pirineos y director del *Petit Parisien*, dirigía una alocución a los aficionados a la telefonía sin hilos que fué clarísimamente oída por gran número de personas y ello en distintas regiones.

Las primeras experiencias, efectuadas con aparatos poderosos, tenían por fin investigar los mejores medios para asegurar las comunicaciones *comerciales* regulares entre las dos orillas del Atlántico; esas investigaciones continúan dando resultados muy satisfactorios. Pero el hecho más interesante de señalar en la experiencia de Mr. Paul Dupuy, es que la mayor parte de las recepciones han sido efectuadas con aparatos que corrientemente se encuentran en el comercio; algunos utilizaron montajes a resonancia; otros una sola lámpara autodyne o una lámpara alta frecuencia, a resistencia y reacción, seguidas de dos lámparas baja frecuencia, medios todos ellos bastante ordinarios.

Hacemos constar que la telefonía transatlántica tuvo ya una realización en 1915 entre Arlington y la torre Eiffel, con motivo de una instalación en la que había muchos centenares de lámparas emitoras. En el curso de esos ensayos la voz no fué recibida en París más que por intervalos, cuando las condiciones de transmisión eran muy favorables.

En *telefonía sin hilos* no se emplean ondas puras, como en telegrafía sin hilos, sino ondas moduladas, en las cuales todas las armonías de la voz deben estar representadas. Se ha experimentado que es esencial conservar para una buena reproducción de la voz, las armonías cuya frecuencia permanece inferior a 2,000.

En la recepción se necesita realizar una operación inversa de la modulación efectuada a la emisión, y que se la llama «demodulación». La demodulación opera la reproducción de la onda moduladora original a baja frecuencia,

© Biblioteca Nacional de España

partiendo de la onda de transporte sobre la cual ella ha sido impresa. El buen funcionamiento del aparato demodulador necesita que las corrientes por las cuales son transmitidas las características de la palabra, sean acompañadas de una cantidad relativamente grande de corriente no modulada a la frecuencia de transporte. Sólo una partida relativamente débil de la energía total transportará las variaciones características del corriente modulador. Si, pues, ese corriente provee al demodulador con ayuda de una fuente local y no por la estación emitora, la energía a transmitir será muy reducida.

La telefonía transatlántica necesita centenas de kilowats de energía a alta frecuencia. Puesto que es difícil y costoso producir esta energía, importa buscar los medios de aumentar el rendimiento de esta energía desde el punto de vista de la transmisión de la voz. A tal objeto se dirigen ahora todas las investigaciones.

De todas maneras cualesquiera que sean los métodos empleados, los resultados obtenidos justifican la confianza que se tiene puesta en el porvenir de la radiotelefonía transatlántica.

ARTHUR DOUGLAS SMITD

Curiosidades históricas y científicas

PLANTA ELECTRICA

En la *Gaceta Hortícola* de Nicaragua, que se publicaba en 1878, leo unos datos curiosos de una planta de la familia de las fitoláceas, que crece en aquel país y que disfruta propiedades electro-magnéticas.

Cuando se corta una rama, dice el autor de este notable descubrimiento, experimenta la mano una sensación tan viva como si se ratase de una batería Rum-Korff.

Sorprendido por este fenómeno, verificó el autor un ensayo con auxilio de una pequeña brújula: a la distancia de siete u ocho pasos se dejaba sentir la influencia de la planta.

La desviación de la aguja estaba en razón de la distancia; cuanto más se acercaba, más bruscos eran los movimientos, y por último, cuando el aparato se colocó en medio del moral, los movimientos se transformaron en una rotación sumamente acelerada.

El suelo adyacente no contenía huella alguna de hierro; no queda, pues, duda acerca de que esta cualidad es inherente a la planta misma.

La intensidad del fenómeno varía según la hora; por la noche es casi nula; llega a su máximum a las dos de la tarde.

En días de tempestad aumenta su poder y cuando llueve se marchita la planta. El autor nunca ha visto posarse pájaros e insectos sobre la «phitoláces eléctrica».

LAS PIRAMIDES DE EGIPTO

Generalmente se cree que las famosas Pirámides de Egipto son unos monumentos arquitectónicos cuya base es un polígono cualquiera y sus caras laterales son unos triángulos con inscripciones jeroglíficas del tiempo de los faraones; pero de lo que no todos tenemos formada la idea es de que esas tan debatidas Pirámides sean cada una un verdadero palacio-sepultura.

Las setenta pirámides egipcias que se hallan en la vertiente del desierto de Libia, en la orilla occidental del Nilo, frente a El Cairo, están repartidas en varios grupos ocupando una extensión de 30 kilómetros y sirvieron de tumbas de los reyes de Egipto. Entre estas Pirámides fué donde Napoleón I sostuvo una batalla con los mamelucos conocida en la Historia por «La batalla de las Pirámides».

Escritores antiguos como Herodoto explican que las Pirámides de Gizeh eran ya consideradas en la antigüedad como maravillas de construcción. Vamos a describir una, para que se tenga formada idea de ellas.

Las dimensiones de la Pirámide de Cheops mide 137'18 m. de alto por 233 m. de lado en su base cuadrada, que es de 54,399 metros cuadrados, siendo de 2.487,484'94 m. cúbicos el volumen de la Pirámide. Termina en una especie de plataforma a la cual se asciende por una serie de 203 gradas. Como las

© Biblioteca Nacional de España

arenas del desierto ocultan la base de la Pirámide, ésta no se presenta en toda su altura primitiva.

Estas gradas están formadas de sillares de roca caliza extraídos unos del terreno mismo excavado y otros de las canteras de Tura, de más consistencia; pero tampoco la piedra de Tura era apropósito para la construcción total de la Pirámide; ciertas partes requerían el empleo de una piedra más dura, de una piedra granítica, que era necesario transportar del sur de Egipto, de Assuan y de más lejos aún, cuando se necesitaba de granito rojo, que era preciso extraer de las canteras de Hammamat.

Tal solidez quisieron los egipcios dar a su Pirámide, que, además de labrar perfectamente los sillares de las gradas, se empotró cada hilera de aquellos unos cinco centímetros en la inmediata inferior. Todas ellas estaban recubiertas de piedras que rellenaban el hueco de peldaño a peldaño, de modo que las caras de la Pirámide eran planos continuos.

Situada la gran Pirámide de Cheops a diez millas de El Cairo, y cerca, por lo tanto, de la antigua Menfis, el viajero se pregunta, pasmado, cómo pudo realizarse la construcción de tan ingente obra en tal sitio y en tan remota época. He aquí lo que nos cuenta el historiador griego antes citado. Dispuso el faraón que se construyese para el acarreo de la piedra, una calzada desde las canteras de Tura hasta el Nilo, y otra, tan sólida como aquélla, desde el Nilo hasta el lugar del emplazamiento de la gran Pirámide. En la construcción de estas calzadas y en abrir la cámara subterránea, trabajaron, durante diez años, nada menos que cien mil hombres, que eran relevados cada tres meses por otros nuevos, y que para terminar tan gigantesca obra fué preciso emplear, durante veinte años, otros tantos cien mil operarios. Según el propio historiador que visitó Egipto, por el año 470 antes de J. C. se necesitó para la construcción de la Pirámide de Cheops, nada menos que cien mil trabajadores durante treinta años, y añade que en ella constaba en lenguaje jeroglífico, que sólo en rábanos, ajos y cebollas consumidos por los operarios durante el tiempo que se invirtió en construirla, se gastaron 1,600 talentos (unos diez millones de pesetas).

A unos quince metros más o menos sobre la base, hay en la fachada N. (las cuatro caras están orientadas respectivamente al N. E. S. y O.) una puerta que por corredores conduce a lo que se ha llamado *Cámara de la reina*. Luego otro corredor ascendente conduce a la *Cámara del rey* y así repartidos departamentos para la servidumbre, para los animales domésticos, etc.

Estas grandes Pirámides se las destinaba a sepulturas de los faraones. Era sagrada costumbre que el soberano, al subir al trono, escogiese lugar y forma de su sepultura, empezándose, desde luego, los trabajos de construcción de la misma y dándoles mayor o menor impulso según las probabilidades de una larga vida del que había de ocuparla.

Al morir el faraón, su momia era enterrada allí junto con todos los objetos de su exclusivo uso, colocando cerca de la momia, comida, vestidos, libros, etc., etc. para que al despertar (creíase que la muerte era un sueño más o menos profundo) se encontrase con todo lo necesario para así continuar su vida ultra terrena.

¡Todo aquel trabajo inmenso y gasto fabuloso para enterrar una momia!

¿ES MODERNO EL USO DEL TENEDOR? :: ::

El utensilio de mesa que llamamos tenedor no fué conocido de los antiguos y hasta el siglo XV no se hace mención de tenedores, pero no para comer sino únicamente para trinchar, pues eran de dos púas. Los tenedores para llevarse a la boca los pedazos de la comida eran los dedos. Don Alfonso el Sabio, en la segunda partida de sus leyes, prescribe que no consintieran a los infantes sus ayos coger las viandas con *todos los cinco dedos* de la mano, lo cual indica que el único progreso que había conseguido entonces la educación era el de coger los bocados con dos o tres dedos solamente. Con *tres dedos* recomienda Erasmo que se tomara la vianda.

Desde el siglo XIV se hace mención, aunque rara, de tenedores, en inventarios: ejemplos, el inventario de *Clemente de Hungría* (1328), en el que figuran 30 cucharas y un tenedor de oro; la *Ejecución del testamento de Juana de Evreux* (1372), donde se habla de un tenedor de oro, con una cuchara, dentro de un estuche; el *Inventario de Carlos V de Francia* (1380), en el que se hace mención de un tenedor que se ponía en la

© Biblioteca Nacional de España

navecilla en que se servían los utensilios de comer el monarca; el *Inventario del duque de Béjar*, en el que se cita un tenedor de plata, engastado en un pedazo de coral quebrado; en fin, el exiguo número en que figuran los tenedores al lado de las cucharas en estos y otros documentos, indica que no se hacía del tenedor en la mesa el uso que se hace hoy. Las miniaturas de códices y las pinturas en tabla, unas y otras tan llenas de curiosos y minuciosos detalles de la vida y las costumbres de los últimos tiempos de la Edad Media, corroboran, con la ausencia de tenedores en las mesas, la opinión indicada.

Sin embargo, dícese que aquí en España durante la dominación árabe, los moros usaban tenedor para llevarse los pedazos de vianda a la boca, por cuanto, según la ley de Mahoma, proscríbese todo contacto de materia extraña con las viandas al tiempo de comerlas, suponiéndose que usaban el *tenedor de cinco puas* consagrado por aquélla.

Más cerca de nuestros días nos encontramos la noticia de que la princesa de Condé, en 1609, comía con los dedos y con guantes puestos; por otra parte, Luis XIII de Francia, que recibió severa educación, desde niño usó del cuchillo como tenedor; y Ana de Austria, educada en la corte de España, no pudo nunca acostumbrarse a ello, y a pesar de lo vanidosa que se sentía de tener lindas las manos, se servía de los dedos para comer.

El uso del tenedor se introdujo lentamente y una de las personas que por su extremada pulcritud en la mesa contribuyeron a ello, fué en Francia el duque de Montansier. A fines del siglo XVII el uso del tenedor era general, sobre todo entre la gente rica.

Por lo común estos tenedores sólo tenían dos púas, y como las gentes de todas clases sociales los usaban, se fabricaron de cobre níquel, estaño y hierro. Estos y los le madera datan del siglo XVIII. Sólo por rara excepción se hallan tenedores de esta época en oro y en pedrería. Desde el momento que se hizo un utensilio necesario fué menester hacerlo sencillo, y sólo admitió una forma elegante.

EL BACHILLER DE SALAMANCA

La literatura española

Desde Madrid

LA JAULA DE LA LEONA

Desdichado debut ha tenido en el teatro de la Princesa de aquí, la compañía Guerrero-Menúoza, de regreso de América. Gran desilusión produjo el lamentable estreno de *La jaula de la leona*, obra original de don Manuel Linares Rivas. Por mi parte confieso que, admirador suyo, por lo mucho vigoroso e interesante que ha producido en su vida, tuve un sincero y profundo desengaño.

Ni el argumento de *La jaula de la leona* es digno de Linares Rivas, ni de la fama que acompaña a sus intérpretes.

Aparte lo endebilísimo y gastado de la tesis; aparte también su absoluta falta de trascendencia, es verdaderamente una ligereza imperdonable, máxime después de decir que era una obra hecha a la medida de las facultades respectivas de los actores, presentarnos algo tan mediocre y tan fuera de estas facultades.

Ni la edad de los protagonistas está hecha a la medida de los intérpretes, ni la categoría artística de éstos puede contentarse con tan corta talla como la amañada por nuestro ex acertado don Manuel Linares Rivas.

Sin embargo, como la tarea, por esta vez, es bastante larga y además yo doy más importancia a las obras que a los cómicos, dejemos a los aristocráticos actores y actrices del teatro de la Princesa y ocupémonos un poco de los infinitos defectos de *La jaula de la leona*, título que, por sí solo, es una incorrección gramatical y que no está a tono con el verdadero argumento de la obra.

© Biblioteca Nacional de España

Confieso que, al principiar el drama, creía, con una ingenuidad de que me avergüenzo, que íbamos a encontrarnos con una tesis insólita y original.

Reflexionando sobre los tipos respectivos de Javier, el marido ligero, y de Valentina, la esposa leona; enlazándolos con el título y —¿por qué no?—con la gran trascendencia que está adquiriendo la cuestión femenina, supuse que se trataba de un pintoresco aspecto del problema matrimonial. Es decir, que al fin la leona encerraba en una jaula a su mujeriego marido, imponiéndose, por una vez, el derecho femenino sobre la muy voluble condición sentimental y la muy independiente vida masculina.

Mas no fué así. No pude presenciar el graciosísimo y nadie me negará que inédito espectáculo, de llevar a las tablas la posibilidad de que una mujer meta y encierre en una jaula a su marido. Y sin embargo, para responder al título, había de ser así.

Sin jaula no hay leona, sino una mujer que se resigna a ser continuamente burlada por su marido y que sólo se subleva cuando éste, en visible decadencia, se dedica a perseguir al servicio doméstico de su propia casa. Muy corto le venía este vestido de leona a doña María Guerrero, que, a pesar de sus defectos artísticos y de su larga y gloriosa carrera, es aún una eminentísima actriz.

En cuanto a los *chistes* y a los personajes del gran mundo de Linares Rivas, no hablemos. Ni los unos tienen gracia ni los otros son más que muñecos de trapo, creaciones indignas de quién fué un valor notabilísimo en la literatura española y que mañana no sé lo que será.

No quiero hablar más de *La jaula de la leona* porque, como he dicho primero, la tarea es larga y también porque siento escribir acres censuras contra quien hasta ahora había merecido muy pocas.

Pero, de todas maneras, precisa decirle al señor Linares Rivas que los aplausos tibios y corteses que le llamaron a la escena al final de la obra, eran casi un desagravio para la interpretación, que hubo de emplear meritorias energías en defensa de un drama indefensable y que, de haber sido escrito por un autor novel, nadie habría estrenado. En esto, como en todo, aparece, una vez más, la demostración de cuán injusto es el presente orden de cosas y lo que de él depende, que da derechos absolutos al poderoso y tiene para el triunfador consideraciones que no se merece, mientras desprecia al humilde y desoye al que aún no ha podido triunfar.

LUPE, LA MALCASADA

Cuanto hemos dicho al final del comentario anterior y corregido y aumentado, puede decirse de *Lupe, la malcasada*, obra, digo mal, adobo de una obra de Terencio hecho por por don Luis Fernández Ardavín y estrenado en el teatro Español por la compañía de Díaz-Artigas.

De Fernández Ardavín ya hube de hablar y en tono de censura, con motivo del estreno de *El bandido de la sierra*, obra que, no obstante, no es tan mala como *Lupe, la malcasada*. Con lo dicho bastaría casi para quedar hecha su presentación.

Pero no quiero terminar tan pronto, ni encastillarme autoritariamente en mis opiniones. Describiré, por tanto, el argumento de *Lupe, la malcasada*.

Dejando aparte el hecho de que esté, según confesión del autor, sacado de una comedia de Terencio, que a su vez la había sacado de una obra de Apolodoro, que asimismo también la había construído sobre el patrón de una tercera obra de Menandro, el argumento de *Lupe, la malcasada* cojea de todos sus pies.

Falsa la situación de dos esposos campesinos recién casados, que viven bajo un mismo techo sin otra relación que la más estrictamente de palabra. Por mujeriego y enamorado de su manceba que esté un hombre y por acomodada que sea la casa de campo en que se desarrolla el drama, no es lógico ni humano que así suceda.

Pero como sin esta absurdidez no habría estreno, para que todo pase de la manera que iremos relatando, precisa empezar por un primer acto desplazado de la realidad y de la obra. No quiere decir esto último que haya algún acto que no esté desplazado de la realidad. Lo están todos, como lo está el caso de que un borracho y de noche pueda abusar de una mujer joven y robusta—Lupe—hecho que es el eje y la trama de toda la obra.

En el segundo acto es cuando nos enteramos de tal desdicha, que no justifica humanamente la separación de los esposos, por cuanto nadie lo sabe, pero que teatralmente nos hace ver el enredo en que se ha metido

© Biblioteca Nacional de España

Ardavin y que le hace desbarrar de lo lindo. Durante este segundo acto sabemos también que Lupe, temiendo la mirada inquisitorial de su suegra, la *Hecyra* de Terencio, y hallándose su marido en América, decide marchar de la casa en donde entró al malcasarse y volver, para ocultar su deshonra, a la de su madre.

Corren voces por el pueblo de que su marido, que no lo es, ha muerto allende los mares. Y Guadalupe, o mejor dicho, Ardavin, suelta imprudentemente la lengua, descubriendo su triste secreto.

En el tercer acto ya ha nacido el niño de Guadalupe y de aquel desconocido que la asaltó pocos días antes de casarse, robándola además, una sortija que llevaba. Ya ha nacido, repito, el niño de una falta que no hubo y regresa vivo de su viaje el marido.

Nos abocamos al desenlace, y éste, como toda la obra, es de lo más artificioso que puede darse. Lupe, al saber que su marido ha llegado, se envenena. Y, agonizante, sabe que quién la deshonró era su propio marido, que tampoco sabía que era ella. ¿Puede haber nada más traído por los cabellos?

Lo mismo debió pensar el público y por esto los aplausos que sonaron al terminar el drama otorgábalos el «tifus», que nunca falta en ningún estreno, ya que tampoco puede admitirse que fueran dirigidos a los intérpretes, pues éstos trabajaron bastante mal.

Si quisiera dedicar más espacio a censurar *Lupe, la malcasada* no me faltarían motivos. Como en *El bandido de la sierra*, la pequeñez moral de los personajes y argumental de la obra, indican la muy poco importante categoría del intelecto de don Luis Fernández Ardavin, poeta consagrado por los empresarios y tolerado por la crítica y el público, que se traga pacientemente sus tiradas de versos, cuando escribe en verso, y su prosa amanerada e inconsistente, cuando escribe en prosa: por ejemplo en *Lupe, la malcasada*, donde, queriendo estar en carácter lingüísticamente, se pone en ridículo con mucha frecuencia.

DON JUAN NO EXISTE

La excelentísima señora condesa de San Luis ha sentido la necesidad espiritual de echar su cuarto a espadas. No sé qué tendrán el teatro y Don Juan Tenorio, para que no haya persona que maneje regularmente la pluma sin haber hecho una obra para el primero y tratando del segundo.

La condesa de San Luis — muy señora mía,—con un desparpajo verdaderamente aristocrático y con una despreocupación digna de mejor causa, ha hecho un «ensayo ligero de costumbres más o menos ligeras» sobre la manoseada personalidad del burlador sevillano que, entre paréntesis y con permiso del doctor Marañón y de cuantos, no teniendo nada más que hacer ni que decir, hanse dedicado a hablar de él, sólo existe en la imaginación de ciertas mujeres.

Su ensayo ligero de costumbres más o menos ligeras, se ha estrenado, también, en el teatro de la Princesa, con éxito... no me atrevo a calificarlo.

Bastantes cosas podrían decirse de *Don Juan no existe*, pero el bello sexo de doña Carmen Díaz de Mendoza, me impide, comprendo que por una preocupación romántica, decir las verdades del barquero que habrían de dirigirse a su modesta, modestísima, creación intelectual.

En ella siéntase la premisa, muy respetable y de común acuerdo con ella, de que Don Juan no existe ante una mujer honrada.

Pero siéntase de tal manera esta premisa y es tan poco seductor el Don Juan que habría de conquistar a la Doña Inés honrada, que puede asegurarse sin temor, que ni honrada ni sin honra, no hay mujer en el mundo que se enamore del tipejo llevado a las tablas por la señora condesa de San Luis.

En cuanto a los tipos que salen en la comedia y que los actores caracterizaron figurando personas conocidas del aristocrático público congregado en la Princesa, nada opino sobre ellos, por la sencilla razón de que no entiendo de botánica, o sea de chismes de sociedad, que se distinguen muy poco de los de vecindad.

—¿Se aplaudió la obra, o no?—quizá preguntará algún lector impaciente.

—¡Ah, amigo!—contestaré yo.—¿Quién lo sabe? Doña Carmen Díaz de Mendoza pertenece al bello sexo; es, además, hermana del propietario y primer actor y director del teatro de la Princesa; el público era todo «en familia» y a pesar de cuanto he dicho y si mis oídos no se equivocaron, del «gallinero» salió algún silbido poco galante, pero quizá justificado.

De todas maneras, no es probable que se arredre por ello la intrépida condesa de San

© Biblioteca Nacional de España

Luis, y podemos casi tener por seguro que su segunda y ya menos ligera obra anunciada, se estrenará y no precisamente en un teatro de ínfimo orden, como estrenan todos los principiantes y todos los fracasados que no sean aristócratas, sino en uno de primerísima calidad.

SINTETIZANDO

Descontentadizo sería si no confesara que este mes pasado ha sido pródigo en acontecimientos artísticos.

Tan pródigo ha sido, que no puedo hablar de cuánto se ha escrito y estrenado. Por lo tanto, con harto sentimiento mío, debo dejar para otro día la crítica de una novela de Alberto Insúa *La mujer que agotó el amor.*

Para terminar, consignaré el estreno, con grandísimo éxito y en el teatro Price, de una obra de Vidal y Planas y Valdivielso, titulada *El otro derecho.*

Dejando aparte el hecho, un poco reprobable, de abusar de la condición tristísima en que se encuentra el autor de *Santa Isabel de Ceres,* para que el público, sentimental siempre, acuda al teatro y aplauda la obra, ésta está bastante bien, perteneciendo al género que cultivan con afición sus autores y especialmente Vidal y Planas.

Algunos reparos podrían oponerse a *El otro derecho,* como podrían oponerse a todas las obras salidas de la pluma de Alfonso Vidal y Planas, pero su estado impide, noblemente, hablar de ella.

En cuanto a la comedia dramática *Sobre la ley,* del señor Contreras y Camargo, estrenada en el teatro Martín, con decir que es una obra de lo más truculento y populachero que puede darse, está dicho todo.

Queda ahora el estreno de los hermanos Quintero, en el teatro Lara.

Mi hermano y yo se titula la obra, de lo más mediocre que han producido los autores sevillanos.

Sabida es la poca profundidad y el nulo valor humano de las creaciones quinterianas. Por lo tanto, huelga decir que *Mi hermano y yo* es una comedia totalmente hueca, en donde sólo las palabras poseen importancia y aún muchísima menos que en los sainetes en que la gracia hace olvidar la vacuidad.

Por unanimidad debería aconsejar la crítica a Joaquín y Serafín Alvarez Quintero, que no se metieran con el sentimentalismo, que resulta en ellos terriblemente cursi, ni con la seriedad, que casi es en sus obras «serias» la del burro. Que hagan sus saladísimas piezas, llenas de alegría, aunque no de humanidad y que no se introduzcan en géneros que decididamente no se ajustan a sus condiciones literarias.

En conjunto y englobando todos los acontecimientos que ha habido, ninguno se sale de lo vulgar. A lo sumo, mayor categoría intelectual en unos autores que en otros y más alto precio en las localidades de según qué teatro, pero, en el fondo, idéntica insubstancialidad.

AUGUSTO DE MONCADA

Madrid, marzo de 1924.

* * *

He aquí algunas ideas curiosas de una obra titulada «Memorias de un mendigo», que se publicó en París el año 1875:

«La mendicidad está prohibida, dicen los carteles en todas partes. En cambio, los libros devotos que he leído aseguran que la caridad es el cielo. Suprimir los pobres equivaldría a suprimir la senda que conduce a una montaña.

»Se prohibe pedir en las calles y todos piden en los salones; ya una cruz, ya un destino, una cita, un poco de amor, una infamia, un préstamo, un cigarro, un elogio inmerecido, un duro, mil duros; todo menos cinco céntimos.

»Total: se prohibe pedir poco.»

© Biblioteca Nacional de España

LAS VIDAS AGITADAS

DIOGENES

Diógenes de Sínope, el célebre filósofo griego, la figura más preeminente de la escuela cínica, el rebelde errante e indomable que no miraba al porvenir y para el cual nada representaban las leyes sociales y morales, creadas por los hombres, nació en Sínope, en el Ponto Euxino, (Asia Menor) 414 años antes de la Era cristiana.

Ilikesias, su padre, a quien estaba confiado el tesoro público de Corinto, vióse procesado por falsificación de moneda, tarea en que le ayudaba su hijo, y para escapar del castigo que esperábales, tuvieron que huir a Atenas.

Desde su llegada a esta última ciudad data la historia excepcional de Diógenes, llamado «el cínico». En Atenas logró ser admitido en la escuela de Antístenes, que enseñaba una moral rígida que atraía pocos oyentes y aunque el maestro quiso expulsarlo creyendo que era uno de los que iban a burlarse de su rudeza, y hasta llegó a amenazarle con su bastón, «Pega—le dijo Diógenes,—que no hallarás bastón tan duro que pueda impedirme venir a escuchar tus lecciones». Desde entonces fué el discípulo más asíduo de Antístenes y el propagandista más celoso y positivo de la doctrina que recibió el nombre de «cínica», tanto por el lugar en que Antístenes tenía la escuela (el Cinosargo, gimnasio de niños abandonados) como por la manera de vivir que a la vez enseñaba y predicaba.

Sin embargo, Diógenes sobrepujó a su maestro en la característica de la escuela y desprecio de las conveniencias sociales, y no tardó en romper con él, porque afirmaba en su misma presencia que Antístenes no creía lo que enseñaba y que era una trompeta que la oían los demás y que no se oía a sí misma, por no concordar su vida con su doctrina.

La escuela de Diógenes fué la plaza pública, el Gimnasio, el pórtico de un templo, cualquier paraje donde se reunía el pueblo, y desde allí propagaba con su ejemplo el desprecio de las riquezas, acusaba a los poderosos y defendía la libertad y la despreocupación de todo, atrayéndose con ello, aunque no lo buscara, el amor y el respeto populares. Y en tanto Espeusipo, jefe entonces de la Academia, se perdía en sutiles teorías platónicas, Diógenes, despreciando en absoluto toda especulación, enseñaba con su ejemplo y con algunos preceptos expresados con fuerza, aun aumentada por sus sarcasmos, las ventajas de su vida independiente, libre de cuidados y de deseos, en la que se oponía: el valor, a los reveses de fortuna; la Naturaleza, a las leyes sociales y religiosas, todas opresoras del hombre; y la razón a las pasiones.

Llevó hasta la última consecuencia la sencillez de su vida. Soportaba con paciencia el frío y el calor; marchaba sobre la nieve, en invierno, con los pies descalzos; permanecía en el verano largo tiempo sentado sobre la arena abrasada; pasaba el día bajo el pórtico de Júpiter o bien en un bosque de cipreses que coronaba la colina de Kraneión, parque magnífico, no lejos del santuario de Afrodita y del mausoleo de Lais. Sentado allí, sobre la verde hierba, enseñaba con un buen humor inagotable—prodigiosa facultad de toda su vida y que hizo que, aun en medio de las mayores privaciones, su cuerpo siempre rebosara contento—a los muchos que gustaban de oirle y allí se le veía también tomar el sol y respirar con fruición el aire embalsamado de aquel lugar paradisíaco.

Iba cubierto de harapos, con una alforja a la espalda, donde llevaba algunos alimentos groseros debidos a la generosidad de los transeuntes. Parábase cuando se sentía cansado; dormía cuando tenía sueño; comía cuando tenía hambre; bebía si sentía sed; y hacía profesión de vivir conforme a la Naturaleza.

© Biblioteca Nacional de España

Diógenes de Laercio, siempre tan curioso al recoger aventuras y anécdotas, aun las que no merecen ser contadas, presenta a su homónimo «el Cínico» persiguiendo e hiriendo a todo el mundo con sus sarcasmos, burlándose de los demagogos, esclavos del pueblo, y del pueblo, esclavo de sus pastores; burlándose de los filósofos, esclavos de los cortesanos, y de los cortesanos, esclavos de sus pasiones; despreciando la gloria y el poder por considerarlos manifestaciones del vicio; poniendo en ridículo a los adivinos, augures e intérpretes de sueños; burlándose de los misterios religiosos y de los que en ellos pretendían estar iniciados; echando un gallo desplumado en medio de la escuela de Platón, que acostumbraba en sus discursos a llamar al hombre «un animal bípedo implume»; acosando a los afeminados discípulos de Aristipo; poniéndose en marcha para refutar la negación del movimiento, hecha por los eleatas; encendiendo en pleno día una linterna y diciendo que con ella buscaba un hombre...

Sería tarea interminable la de referir todas las historietas, conservadas religiosamente por Diógenes de Laercio y en medio de las cuales se encuentran preceptos de sana moral y palabras verdaderamente dignas de un filósofo que hubiese oído a Sócrates y que respetara la pureza de la doctrina del maestro. En cierta ocasión se lamentaba uno en presencia de Diógenes de la desgracia de la vida, y «el Cínico» contestó: «No consiste la desgracia en vivir sino en vivir mal». Esta bella y avanzada idea fué el eje de su doctrina, o, mejor dicho, de su vida, pues no es posible distinguir una de otra. Ellas fueron un ataque perpetuo y sin descanso a la superstición, la molicie, el juego, la injusticia, la ambición, todos los vicios, en fin, que esclavizan al hombre. «Aniquilar las pasiones, decía él, equivale a derribar a los tiranos del hombre, devolviendo a éste su fuerza y su libertad».

Sus opiniones las divide Aubé en dos puntos: Primero, el desprecio de toda especulación y de toda investigación teórica: filosofar es vivir; segundo, la identificación del soberano bien con la virtud, y de la virtud con la vida, y de la vida con la Naturaleza, *única ley humana*.

Diógenes, el naturalista que por vivir conforme a la Naturaleza no vacilaba en vivir casi bestialmente, es también el filósofo por excelencia: «¿Qué provecho sacas de la filosofía?—le preguntaron.—Por lo menos, el de estar preparado contra todo lo que venga»—respondió.

Tenía Diógenes, tanto en Atenas como en Corinto, gran popularidad, porque agradaban su franqueza mortificante y la rudeza de sus frases. A Cratero, rico macedonio que le suplicaba fuese a comer a su casa, le contestó que prefería comer sal en Atenas, mejor que hallarse en los ricos festines de Cratero. Regresando desde Lacedemonia a Atenas, dijo que pasaba del cuarto de los hombres al de las mujeres, aludiendo a las costumbres afeminadas de la sociedad helénica. Viajó, pero recorrió más tierra que territorios, a causa de su parsimonioso y antiquísimo medio de locomoción: las piernas.

Se dice que concurrió por curiosidad a la batalla de Queronea y que cayó en manos de Filipo, quien le puso en libertad admirado de su inteligencia y del atrevimiento de su lenguaje.

Embarcóse una vez con el propósito de visitar la ciudad de Egina, pero en la travesía se apoderaron del barco unos piratas y Diógenes fué vendido en subasta. Preguntóle el voceador qué sabía hacer: «Mandar a los hombres», contestó el gran «Cínico». Y, en efecto, habiéndolo comprado un tal Xeniades, ciudadano de Corinto, formó el amo tan alto concepto del esclavo, que le confió la educación de sus hijos y en seguida la dirección de la casa, y así Diógenes era el verdadero amo y Xeniades le obedecía siempre, diciendo a cuantos querían oírle que tenía en su casa un genio.

Persuadido Diógenes de que el ejercicio corporal, dando robustez al organismo y asuntos a la imaginación, facilita la práctica de la virtud, enseñaba a los hijos de Xeniades a montar a caballo, a tirar el arco, manejar la honda y lanzar los dardos. Les llevaba de caza, les imponía trabajos duros, los acostumbraba a la sobriedad y a la templanza, les obligaba a que le acompañasen, descalzos y con burdos trajes, a visitar los suburbios en que la miseria reinaba y los hambrientos agonizaban. Velaba por la educación amplia de sus espíritus y les hacía aprender trozos de los mejores poetas y escritores de la época.

Llamaba a la instrucción la prudencia de los jóvenes, el consuelo de los ancianos, la riqueza de los pobres y el adorno de los ri-

© Biblioteca Nacional de España

cos. Poseía, al decir de los antiguos y a pesar de su implacable dureza con los poderosos, gran dulzura para con los humildes y singularísimas dotes de persuasión, que sabían atraer y retener a su lado a los que le escuchaban.

Pasaba, recobrada la libertad, el invierno en Atenas y el verano en Corinto. En esta última ciudad recibió la visita de Alejandro el Magno que se preparaba para marchar a la conquista del Asia.

—¿Qué quieres? Cuánto desees podrás alcanzar—le dijo el rey de Macedonia.

—Que te apartes y no me quites el sol—contestó el filósofo.

Juvenal en la edad antigua y Campoamor en la moderna han celebrado en bellísimos versos esta entrevista.

Falto de parientes y desterrado de su patria, Diógenes se proclamaba ciudadano del Universo. Libre hasta en la esclavitud, se alababa de ser amo de los hombres, médico de las almas y heraldo de la libertad. Acaso se propuso Luciano retratar a Diógenes cuando puso en boca del filósofo cínico estas palabras: «Tener por cama la tierra y por cobertor el cielo; el mundo por casa y toda clase de alimentos; poner lejos de mí el pernicioso deseo de amontonar, causa de todos los males; preferir la escasez al amor de lo superfluo: tal es mi carácter. Los más sabios son los que tienen menos necesidades. Hércules, el bienhechor de la Humanidad, era pobre e iba medio desnudo.»

Diógenes en persona responde a un comerciante que trató de comprarlo:

—Mi propósito es imitar a Hércules y como él hacer la guerra a esos monstruos que llaman pasiones.

—¿Qué me enseñarás si te compro?—preguntóle el comerciante.

—Te libraré en seguida de tus vicios y te acostumbraré a la pobreza; te haré sudar, dormir sobre el duro suelo y comer de todo; si tienes dinero y sigues mis consejos, lo arrojarás al río; no te cuidarás de la familia ni de la patria y todo cuanto dicen sobre aquélla y ésta será para ti una fábula. Habitarás en cualquier vieja casucha, o en una tumba, o, como yo, en un tonel. Tu propiedad se limitará a tu alforja y con ella serás tan feliz como Júpiter.

El historiador Luciano, que se burló de todos los filósofos y de todas las filosofías, respetó a este hombre rebelde y sincero, cuyo látigo fustigó las supersticiones, los prejuicios, las locas ambiciones, las injusticias y las ridiculeces.

De su muerte circulan varias e inciertas versiones. Unos dicen que murió a edad avanzada (noventa años), a consecuencia de la mordedura de un perro; otros que, según costumbre de todos los filósofos antiguos, se suicidó, cansado de la vejez, y unos terceros hablan de muerte natural producida por sus muchos años. Lo cierto es que se encontró muerto en Corinto y fué enterrado no lejos del Kraneión, en donde tantas lecciones había dado, colocando sobre su sepulcro una estatua de mármol de Paros, representando un perro, símbolo del epíteto que siempre usó el filósofo, creado por sus enemigos y que él aceptó como una denominación honrosa, por lo cual se lo conservaron en la posteridad sus discípulos y admiradores.

GIL BLAS DE SANTILLANA

Algo sobre lo ocurrido y lo que ocurre en Rusia

Desde París

Me había propuesto no escribir ni una línea más sobre las cosas de Rusia, por considerar que se ha hablado ya mucho de lo que acontece en el país de los zares, bajo el régimen de los Soviets. No obstante, a pesar de mi decisión, hoy voy a decir algo, obligado por la fuerza de los acontecimientos.

El gobierno ruso se encarga de que hablemos de él más de lo que nosotros, en realidad, quisiéramos. Los procedimientos que emplea para combatir las ideas que no son las suyas; las persecuciones cada vez más feroces que pone en práctica para deshacerse de la Anarquía y los anarquistas; los martirios morales y físicos que impone como castigo a los prisioneros políticos; los asesinatos en masa de revolucionarios

© Biblioteca Nacional de España

sin defensa, llevados a cabo en diciembre del año 1923 en las islas Solovietzky; las calumnias y sofismas que utiliza después del encarcelamiento, del martirio o del asesinato de la víctima escogida por la Tcheka, hacen que dediquemos algunas líneas a la *obra* bolcheviqui, a algunos de sus protagonistas y también a varias de sus víctimas.

* * *

Nuestra acción inflexible en contra del Estado, sea del color que fuere, responde a un alto sentir ideológico. Lo consideramos, al Estado, como una arma poderosa e implacable, en contra de las aspiraciones del pueblo, en contra de la Revolución y en contra del libre desenvolvimiento del pensamiento y acción individuales.

Ningún pueblo puede hacer su Revolución, si antes los individuos que lo integran no han hecho un libre examen de sus fuerzas y capacidades; la Revolución que hacen los pueblos empujados por un malestar físico, no respondiendo su movimiento a ningún objetivo moral, no es *su* Revolución lo que hacen, sino la Revolución de los más desaprensivos, que no temen en aprovecharse del movimiento para erigirse en poder legislativo y ejecutivo.

Los anarquistas, guiados por diversas consideraciones de orden histórico, económico y político, así que también avisados por las enseñanzas de la vida moderna, han concebido una sociedad muy distinta de la que figura en el programa de los diferentes partidos políticos, que no ambicionan otra cosa que escalar el Poder.

Ni leyes ni magistrados, ni ejércitos ni cuerpos policíacos, ni castigos ni cárceles, ni, en fin, ninguna fuerza coercitiva para el libre desarrollo moral e intelectual del individuo, es aceptado por los anarquistas.

El hombre ha de ser libre. Ninguna autoridad ha de pesar sobre él, ni en nombre de la Nación, ni del Proletariado, ni aun de la Humanidad.

Godwin, el primer teórico de la Anarquía, en 1793 escribía y demostraba que toda fuerza organizada imposibilita el desenvolvimiento de la moralidad pública, y prevé para el futuro la felicidad, basada en que el individuo se desenvolverá y encauzará todos sus actos en beneficio de la colectividad, porque estará guiado por los principios de la Razón.

Antes que Godwin, en 1553, Marco Girolamo Vida, el arzobispo de Albe, expuso sus ideas en contra del Estado y sus leyes, que calificaba de *suprema injusticia*.

Godwin, contemporáneo de la gran Revolución de 1780-93, pudo ver con sus propios ojos los crímenes que el gobierno nacido de la Revolución cometía en contra de la Revolución misma. Ningún gobierno, incluso el de los Jacobinos, puede ser de resultados positivos en favor del pueblo.

También Proudhon, el segundo teórico de la Anarquía, que vivió los días de la vencida Revolución de 1848, confirmó que ningún gobierno es útil, a la vez que denunció los crímenes cometidos por el gobierno republicano y se convenció de la impotencia del socialismo de Estado de Owen, Fourier, Cabet, Saint-Simon, etcétera, etc.

Nosotros, contemporáneos de la Revolución rusa, hemos podido observar también el mal indecible que ha hecho, no sólo al pueblo ruso, sino a la Humanidad toda, el gobierno nacido de la Revolución, que ha tomado el nombre de Dictadura del Proletariado.

Los más sinceros y los más grandes revolucionarios rusos hanse visto ahogados por la dictadura ejercida en nombre de la Revolución.

Makhno, el gran caudillo ukraniano, libertador de los campesinos de Ukrania, la figura más grande de la Rusia revolucionaria, ha visto su cabeza puesta a precio por los ocupadores de Moscou, de acuerdo con los capitalistas limítrofes.

Los marineros y obreros de la heroica Cronstadt, han sido víctimas del masacre más cruel e inhumano que la historia pueda registrar, por el solo hecho de proclamar su gran amor hacia la Revolución, que ellos querían salvar por verla en peligro en manos de los estadistas de Moscou.

Emma Goldman, que, ante la llamarada rusa de 1917, abandonó, con Alejandro Berkman y poseídos los dos de un gran entusiasmo, las tierras de América del Norte, llegaron a Rusia, su tierra natal, con las lágrimas en los ojos de emoción, y pusiéronse en seguida al servicio de la más grande Revolución del siglo y hasta de la historia, pero pronto, muy pronto, tuvieron que desistir de sus servicios, convencidos que su labor no era en provecho del pueblo y revolución rusos, sino que repercutía en favor de los que se erigieron en gobernantes y en contra del pueblo y Revolución que ellos tanto amaban.

El noble Askaroff, el incansable Askaroff, que, recorriendo los barrios y fábricas de Moscou y pueblos próximos a la ciudad roja, improvisaba reuniones en donde su oratoria antiestatal y libertaria levantaba el entusiasmo de aquellos desgraciados trabajadores, pronto se vió obligado a interrumpir su sagrada labor, amenazado por los elementos tchekistas al servicio de la *Revolución* dictatorial.

Schopiro, el sindicalista revolucionario, viése refusada la palabra en el seno de la C. G. T. rusa, por considerar sus palabras libertarias como un sacrilegio en el templo moscovita; y luego, después de abandonar Rusia, al regresar de nuevo a su país, enviado por los elementos de la A. I. T. de Berlín, fué detenido y encar-

© Biblioteca Nacional de España

celado, libertándolo meses después, ante la protesta universal del proletariado.

Fanny Baron, Liev Tcherny y una lista que se haría interminable, de anarquistas asesinados, representan la página más negra que la historia podrá relatar en los venideros años, para vergüenza de nuestro siglo.

Hemos anatematizado el duro proceder de Clemenceau ante su víctima, Emilio Cottin, condenado a diez años de presidio, ¿y qué diremos de Lenín, ante la condenación y ejecución de la valerosa Dora Kaplan, la Carlota Corday rusa?

Si Lenín hubiera perdonado a Dora Kaplan, su figura hubiera aparecido más simpática ante el mundo, a la par que hubiera demostrado poseer un sentimiento del que, en realidad, los años y sus procedimientos de gobierno nos han demostrado que carecía en absoluto el que ordenaba la decapitación de los adversarios a su dictadura.

Resuena aún en mis oídos la voz indignada de nuestra gran amiga Emma Goldman, cuando ella, en Moscou, nos explicaba las atrocidades llevadas a cabo por los esbirros de Dzerzhinsky, el jefe supremo de la Tcheka; cuando Trotzky, asestando una puñalada en el corazón de la Revolución, traicionaba al gran Makhno y encarcelando a Voline y a otros colaboradores de la gran obra libertadora del caudillo ukraniano. Su indignación llegaba al paroxismo al hablar de aquella vergonzosa paz de Brest-Litovsk. Nos explicaba con toda clase de detalles lo que quedaría de aquella gran epopeya revolucionaria de 1917, después de la aplicación de la N. E. P. impuesta por el arrogante y felizmente ya difunto Lenín.

Al hablarnos de Kropotkine, enrojecía de ira, al pensar que hombres como Lunocharsky pudieron *olvidar* al gran pensador anarquista, dejándolo morir de hambre y de frío y luego negando a sus amigos y discípulos a que asistieran al entierro, a fin de rendir al maestro el póstumo homenaje.

A pesar de todas las atrocidades que ante nosotros se exponían con toda clase de precisiones y de lo visto por nuestros propios ojos—el amigo Gastón Leval, que logró introducirse en la cárcel, puede explicar lo que allí vió y escuchó, —creíamos, ¡oh candidez!, que una vez consolidados en el poder los elementos bolcheviques, endulzarían sus métodos de persecución hacia sus adversarios políticos; mas el tiempo, desgraciadamente, nos ha demostrado el error en que estábamos. Las persecuciones, martirios y asesinatos se suceden hoy como se sucedían ayer. Después de la muerte del jefe Oulianoff Ilytch, las represiones se han recrudecido, como si esto fuera un último homenaje a la gloria del que fué amo y señor de ciento treinta millones de rusos. Así, también, en todos los países del mundo se han formado Comités de defensa de los Revolucionarios rusos, que organizan reuniones, mitines, manifestaciones y toda clase de actos públicos, con el objeto de que llegue a Moscou la protesta universal de los hombres libres que en cada país velan por el libre desenvolvimiento del pensar humano.

En París, recientemente se ha celebrado una gran manifestación en la sala de actos de la docta «Société Savantes», en donde diversos oradores pertenecientes a diferentes organizaciones de extrema izquierda, han denunciado ante el auditorio los crímenes del gobierno ruso.

España, la generosa España revolucionaria, debe también levantar su voz de protesta ante las atrocidades del gobierno bolchevique. Pero ya que los actuales momentos no permitirán actos públicos, yo, por mediación de LA REVISTA BLANCA, propongo—y desearía que la Redacción de la Revista se hiciera suya mi proposición—que del más apartado rincón de España en donde exista un hombre libre, se envíen postales protestando de los procedimientos gubernamentales en contra de nuestros hermanos, los verdaderos revolucionarios rusos, y pidiendo su excarcelación inmediata, a la vez que la libre exposición del pensamiento, ya sea en la tribuna o en la prensa, en todo el territorio de la República de los Soviets, como ocurre en países que no cacarean haber llevado a término ninguna revolución proletaria.

Dichas postales, que pueden enviarse colectiva o individualmente, podrían dirigirse, por ejemplo, a la embajada rusa en Berlín, cuya dirección es la siguiente: «RUSSISCH BOTSCHAFT, 11, UNTER-DEN-LINDEN, BERLÍN (ALEMANIA).»

ALBERT DELAVILLE

París, marzo 1924.

© Biblioteca Nacional de España

La suprema concepción del arte

II

Hemos visto como el Arte pierde mucho de su carácter cuando, por torpes desviaciones, sirve más los intereses de clase o casta que las ansias verdaderamente espirituales de quien debe cultivarlo.

Y es que esa delicada manifestación de nuestras inquietudes está estrechamente ligada a una ley justísima, concreción de todo un proceso cósmico que, de alterarse, conduciría inevitablemente al error y al fracaso.

No olvidemos que sin los magníficos espectáculos que la Naturaleza (y entiéndase esta palabra en su sentido más amplio) nos ofrece, en su inconsciente y constante proceso evolutivo, no habría Arte posible. Por consiguiente, podríamos afirmar que aquélla es ya en sí el más bello, el más emocionante factor del Arte.

Un despertar matutino, próvido en colores, sorprendiendo las trémulas gotitas del rocío balancearse en el musgo de la pradera, en la cual retozan ya las albas ovejas del cortijo centenario, ¿no es una visión maravillosa que nos comunica un gozo intenso y recrea nuestros sentidos en una agradable placidez?

La montaña imponente, cuya cima nevada se pierde en la gasa de la niebla perpetua; la catarata espumosa que, rugiendo, se precipita en el lecho granítico y luego se desliza majestuosa entre muros de follaje; la cueva húmeda, cuyo techo llora eternamente y entrelaza, en sorprendentes estalactitas, la lluvia de perlas que desprende; todos estos cuadros y otros parecidos, ¿no nos arrancan un suspiro, un grito o una llamarada de admiración? Es el Arte, que se ofrece a nuestros ojos en toda su ingenuidad.

Como dijimos en el anterior capítulo, nada superará ni igualará siquiera a estas fuentes abundantes de inspiración, y quien quisiere hacer caso omiso de ellas, caería en las ridiculeces de los artistas de fracasadas escuelas añejas.

La interpretación de las mencionadas maravillas se comprende por la necesidad que tiene el hombre de perpetuar aquello que más profundamente le impresiona.

Una inspiración despierta en su alma un séquito acelerado de flujos y reflujos poderosos.

El objeto amado le obsesiona hasta tal punto, que toda su atención se concentra únicamente en él. Entonces el hombre es ya artista. Ha bastado que todo su ser palpitara emocionado ante la bella visión, para que pudiera distinguirse el espíritu de quien vive de algo más que del pan..

Y el artista, no pudiendo contener en su interior las energías que ha removido la aparición sublime, aspirando, tal vez inconscientemente, a reproducir con igual maestría las magnificencias del gran todo increado, plasma en la blancura de la tela o en la piedra informe las figuras que inundaron de luz a sus ojos insaciables.

Es tan noble, tan sincero el artífice que ama de veras su Arte, que destroza la obra antes de presentarla si ésta no es fiel espejo del modelo escogido. Por eso su trabajo se caracteriza por la agitación que produce el tratar de hermanar el espíritu que crea, con la materia que debe limitarse a obedecer.

Así, diremos que la obra del artista es

© Biblioteca Nacional de España

la concreción del proceso cósmico que antes hemos aludido; ella representa el fin, la culminación de las diversas causas que acabamos de describir: la Naturaleza sirviendo de modelo; el espíritu del artista (esfuerzo de varias generaciones) que recoge los admirables modelos naturales y los materiales donde son interpretados los motivos de inspiración.

Esto indica que quien aspire a cultivar el Arte tiene que ser un observador profundo, para que no escape a sus sentidos ni la más insignificante vibración. Es preciso que se tenga plena conciencia de la función del artista: ofrecer a la humanidad bellos y elevados horizontes; espejos de gracia y perfección para que nuestros ojos vislumbren algo superior que nos atraiga, logrando que en el torbellino de las pasiones humanas domine, cual faro oportuno, la luz esplendente de la espiritualidad (que debe constituir la razón de ser de nuestra especie), a fin de que, por encima de las inevitables vallas que la realidad impone, todos los hombres nos veamos hermanados en la comunión augusta de las inquietudes anímicas.

He ahí un verdadero apostolado. Pero no se nos escapa lo dificilísimo de su realización, pues debiendo responder el artista a una educación ejemplar que suprima en él la apetencia de goces inmediatos e ilimitados, como compensación a su trabajo superior, será preciso que dicha educación sea tan perfecta, que represente, para quien la reciba, una cota de malla flexible y resistente a la vez, por cuyos tejidos no puedan insinuarse los microbios fatales.

Hasta ahora hemos hablado solamente del Arte como interpretación de las bellezas que en el artista despiertan las magnificencias de Natura. Y de la comparación de dos de las distintas maneras de apreciarlo, hemos comprendido que aquél únicamente alcanza una elevación y un perfeccionamiento notables cuando se nutre de los elementos naturales, que penetran en nuestros sentidos sin violencia, obedeciendo, sencillamente, una ley común a todos: la recepción de las tonalidades y las sonoridades por nuestros respectivos órganos (vista, oído, etc.).

Así hemos llegado a la concepción ideal de un Arte vivificador, que sería fuente maravillosa vertiendo en los corazones raudales abundantes de espiritualidad fraternizadora. Pero aun no es ésta nuestra concepción suprema del Arte. Antes de llegar a ella, séanos permitido hablar de una anécdota sugestiva.

Cuentan de un escultor habilísimo que, en un momento de feliz inspiración, empezó una estatua. Todo su trabajo fué una fiebre continua, pues en él el artista concentró por entero su atención. Acabada la tarea, se hizo atrás de algunos pasos para contemplar la obra, y la halló tan real, tan *viva*, que, fascinado él mismo por el encanto de aquel cuerpo inimitable, levantó el brazo, que aun sostenía el cincel, y, dando un fuerte golpe a su estatua, exclamó: «¡Habla!»

La piedra, naturalmente, nada dijo, y en sus carnes marmóreas quedó la huella de aquel gesto de impotencia, como si hablara de los límites de un Arte admirable.

¿No podía hablar, también, de otro Arte cuyo campo fuese ilimitado, en el que pudieran ser producidas, en una misma obra, la perfección estética y la superación ética, la belleza del cuerpo y la del alma?

¡Oh, si así fuese! ¡Qué albricias más atronador podría lanzar la Humanidad, entonces!

CARLOS CARQUÉS MARTÍ

© Biblioteca Nacional de España

Rodando por el mundo

UN HOMBRE FRANCO

La franqueza, aunque vaya unida a la vanidad, al buen humor o simplemente al disgusto que producen las impertinencias oficiosas de algún periodista, es siempre, siempre, uno de los más bellos ornatos del humano ser.

Un hombre franco, a pesar de los gravísimos inconvenientes de la franqueza que vaya del brazo con la verdad, es merecedor de una verdadera apología. Si nosotros poseyéramos una pluma capaz de inmortalizar con ella a alguien, inmortalizaríamos al hombre que tuviese el valor de no ser nunca hipócrita.

Pero, sin duda, empiezan a ser demasiado largas nuestras divagaciones alrededor de una cosa tan impalpable y tan extravagante como es, en el presente y en los pasados siglos, la franqueza. Ciñámonos, por tanto, al suceso que ha provocado en nosotros tan supremas y dilectas voliciones, como diría un individuo que anda por ahí cobrando buenas pesetas a cambio de tonterías que se publican en las primeras columnas de todas las publicaciones de primera fila, y que, si no estamos mal enterados, se llama Eugenio.

El suceso en cuestión es el requerimiento que un periódico inglés ha hecho a Mr. Bernard Shaw, pidiéndole que dijera cuales eran, a su juicio, los doce escritores contemporáneos de más talento.

Bernard Shaw, franco, simpáticamente franco, y quizá hasta la coronilla de las importunidades periodísticas, que no cejaban en su empeño, a pesar de que él hubiese dicho que le parecía difícil la respuesta, contestó:

—¿Cuáles son los doce escritores contemporáneos, cuyo talento eclipsa actualmente a los demás? Helos aquí:

1.°, George Bernard Shaw; 2.°, G. Bernard Shaw; 3.°, George B. Shaw; 4.°, Geo B. Shaw; 5.°, G. B. Shaw; 6.°, G. B. S.; 7.°, George Shaw; 8.°, Bernard Shaw; 9.., George; 10, Bernard; 11, Shaw; 12, Shaw George Bernard.

El periódico, satisfecho o chasqueado, publicó y agradeció con un comentario, la franca y noble respuesta.

—Franca y noble!—quizá dirá alguien asombrado.—¡Vanidosa, si acaso!

No señor, no. Franca y noble. Bernard Shaw, con un valor que nos atrevemos a calificar de heroico, se ha quitado las moscas de encima, sin traicionar ni mentir a sus íntimos pensamientos.

Desafiamos al más grande, al más talentudo, al más bueno de los hombres, a que nos diga, con el corazón en la mano, sino cree que él es el hombre más grande, más talentudo y más bueno del Universo. Si este hombre, sea quien fuere, es franco absolutamente, no tenemos la menor duda de que contestará como Mr. Bernard Shaw.

UN NOMBRAMIENTO EQUIVOCADO : : : :

Vamos a dar a nuestros lectores una noticia agradabilísima.

Nuestro antiguo amigo Cayetano Rapagneta (alias) Gabriel d'Annunzio, ha sido nombrado príncipe de Montenevoso, «por sus servicios a la patria en la guerra y en la paz».

Consideramos inútil consignar aquí la enumeración de sus servicios. En la memoria de todos está su gloriosa expedición a Fiume, sólo comparable en glorias a la no menos magnificente entrada de las victoriosas y sagradas falanges fascistas en la mil veces inmortal Roma.

Todo el mundo sabe, igualmente, que d'Annunzio es tuerto y que en algunas ocasiones no ve de ningún ojo.

De la misma manera está enterado el Universo del genio portentoso de ese... anfibio, que será, a no dudarlo, la más «kolosal»—después de Mussolini, se en-

© Biblioteca Nacional de España

tiende—pirámide del famosísimo imperio fascista italiano.

Por lo tanto, nuestros lectores encontrarán naturalísimo que se le haya concedido tan preciado galardón. Por nuestra parte, rebosaríamos de contento, a no ser el lamentable error de género del título.

A d'Anunnzio lo han nombrado príncipe de Montenevoso, y a nosotros nos parece que lo lógico y exacto sería nombrarle princesa.

Príncipe pertenece al género masculino y d'Annunzio tiene muy poco de hombre. Todos sus actos y su vida están calcados en los actos y en la vida de cualquier mujer. Es decir, no, porque esto sería deshonrar al sexo femenino. Calcados en la vida y en los actos de cualquier mujerzuela.

Salvo esta importante equivocación, nada tenemos que oponer al nombramiento. El título es lucido y el nombre bonito, muy bonito, mucho más que la cara y el alma de quien lo ostentará.

POR LINEA DIRECTA ESPIRITISTA : : : :

Descender por línea directa de un Faraón egipcio que reinó la friolera de mil años antes de J. C., no es una cosa que se dé todos los días.

Sin embargo, y merced al espiritismo, y sobre todo gracias a la pasta también espiritista del Tribunal que ha intervenido en el asunto, un respetable ciudadano yanqui, llamado, antes del estupendo descubrimiento genealógico que ha hecho, Mr. Patrick Viler, podrá llevar el ilustre y antiquísimo apellido de Ramsés.

Este señor ha descubierto espiritistamente que descendía, por línea directa, de Ramsés II y ha solicitado—¿cómo no?—permiso para cambiar su vulgar apellido por el más sonoro y distinguido de Ramsés. El Tribunal, espiritista también—no puede ser de otra manera, porque, si no, habría querido comprobación más positiva para otorgar el permiso.—el Tribunal, repetimos, ha aceptado como buenas sus explicaciones, y hétenos aquí con un descendiente faraónico natural de Colorado (Estados Unidos de América).

Las maravillas del espiritismo son incontables, empezando por los experimentos..., digo mal, por los «rifamentos» de Guzik, el medium famoso en todas partes y sobre todo en la Sorbona, de París, y terminando por esta comprobación histórica, que es el *clou* de la temporada.

Por nuestra parte, y siguiendo el proceso evolutivo de Mr. Patrick Ramsés, que debía empezar por reflexionar sobre quién quería que fuese su antepasado, nosotros estamos dispuestos a elegir tronco remoto de nuestra familia.

—Queremos descender de Fulano o de Zutano—determinaremos.

Y después, manos a la obra, en busca de un medium que nos compruebe el deseo y de un Tribunal que acepte la comprobación.

—¡Vamos a ver! ¿De quién quiero descender yo? — reflexionaremos nosotros y quizá alguno de nuestros lectores.

—¿De quién quiero descender yo, de quién quiero descender yo? — repetiremos, devanándonos los sesos.

Y puede ser que, al fin, encogiendo los hombros y cansados de pensar, confesemos que basta, modestamente, con descender del mono.

HIPATÍA

© Biblioteca Nacional de España

Federico Urales

El último Quijote

Novela social de luchas, aventuras y amores

(Esta es la obra de un hombre que ha puesto en ella su alma.

Luis les hizo ver la imposibilidad de ello, primero porque había que quitarse el agua del calabozo y luego porque era indispensable componer la cerradura.

Después de hablar un momento en voz baja el cabo y el juez, se fueron los dos, ordenando a los guardias que se pusieran en el portal y que no dejaran salir a nadie.

Luis, al comprenderlo, sonrió tristemente por la poca comprensión que del alma humana aquello demostraba.

A la media hora volvió el juez con dos hombres que tiraban de una bomba de trasiego y que les sirvió para sacar el agua de la cárcel. Poco después vino el alcalde con el herrero del pueblo, y mientras unos extraían el agua, el otro arreglaba la cerradura. Dos horas tardaron en lo primero y poco menos en lo segundo. Antes había acudido, escopeta al hombro, un joven pinturero nombrado cabo del somatén recientemente constituído.

Este joven, chulo y bravucón, hijo del mayor propietario del lugar, había requerido de amores a Eugenia, amores que la muchacha rechazó porque el somatenista había engañado, con palabra de casamiento, a una joven del cercano pueblo y a la que abandonó cuando supo las consecuencias que tuvo el engaño.

Este individuo y el juez penetraron en la cocina y en ella el valiente seductor puso encima de la mesa papel y tinta. Después el juez preguntó a Luis por el paradero de los presos que faltaban y luego de contar Luis cómo fueron encontrados los presentes, dijo que suponía que los demás habían perecido arrastrados por la fuerza de las aguas.

Tomó el improvisado alguacil nota de las declaraciones prestadas por Luis, pero no dándose por convencido, efectuó un registro en la casa.

Aunque montado hasta el zaguán, llegó, por fin, el médico, viendo primero al padre de Eugenia, después de preguntar a ésta lo que había ocurrido y lo que se había hecho, y luego de hacerse cargo del estado del enfermo dijo que de haber ocurrido en otro hogar lo acaecido en el de Eugenia, el alcalde hubiera muerto antes de recibir los auxilios facultativos.

Nada recetó el doctor. Sólo dijo que se diera al enfermo un poco de leche y de sopa hasta que él volviera, que no sería pronto, porque los accidentados eran muchos.

En cuanto a los penados, opinó que también se habían salvado gracias a los certeros auxilios prestados por los dos enfermeros que les habían asistido.

Como se comprenderá, el registro no dió resultado y cuando lo hubo concluído el juez, ordenó que se encerrarse de nuevo a los presos.

Luis observó que era inhumano encerrar a dos enfermos y a él, que no estaba muy bueno, en sitio tan húmedo como había quedado el calabozo después de la inundación, y el médico, que en aquel momento se despedía, añadió, apoyando las palabras de Luis, que lo menos que se podía hacer era extender un par de quintales de paja por el calabozo.

Atendido el médico, que no Luis, se hizo lo que aquél había indicado, con paja del alcalde, pero luego observó Luis que sus compañeros estaban completamente desnudos y que para ser trasladados era necesario vestirlos.

Se fué el alcalde con los peones que tiraban de la bomba y a poco volvió uno con ropa sucia y vieja para que con ella se vistieran los penados.

© Biblioteca Nacional de España

Así se hizo, y mientras el cabo del somatén, nombrado alcaide interino, por los autoridades del pueblo, encerraba a Luis, Eugenia exclamó:

—¡Esta es la justicia que mandan hacer!

—¿Por qué lo dices, muchacha?—preguntó el juez.

Eugenia exclamó:

—Porque encierra quien habría de ser encerrado y encerrado queda quien debería verse libre, por ser de todos el más bueno.

El somatenista engañador de mujeres dió una bofetada a Eugenia.

Luis gritó:

—¡Cara la pagarás, cobarde!

El cobarde echó el pestillo de la rendija. Eugenia se metió en su casa llorando.

Luis, cual león enjaulado, gritaba:

—¡Que se haya pegado a una mujer delante de mí sin cortar la mano que tal hiciera!

Desesperado y furioso se echó sobre la paja.

XXX

De cómo Luis se fugó de la cárcel y de lo primero que hizo después

Luis estuvo todo el día nervioso y malhumorado. A cada momento le parecía oir el bofetón que el hijo del cacique dió a Eugenia y el gemido de ésta.

La rendija, por disposición del nuevo alcaide, no había de abrirse más que una hora por la mañana y otra por la tarde; pero los guardianes eran tres que se relevaban cada ocho horas, y las diez y seis que no estaban vigiladas por el *bravo* somatenista, sino por dos muchachos, mozos de su casa, la rendija se abría siempre que lo solicitaban, con sus sonrisas insinuantes, las muchachas del pueblo.

Pronto se enteraron éstas que Antón, el hijo del cacique y burlador de mujeres, le había pegado a Eugenia y afearon tal proceder con pullas y sátiras.

La hija del alguacil, como desprecio al que le había pegado, tenía cerrada la puerta de su vivienda, que daba al zaguán, mientras el *valiente* estaba de guardia. Luego la abría y hablaba con sus amigas para contarlas lo que Luis hizo por su padre y por ella, durante la tempestad.

La gente varonil del pueblo estaba arreglando los caminos, pues apenas se adivinaba dónde habían estado.

No era posible salir con la cordada de los présos, y el sargento de los guardias determinó esperar unos días, ya que no podía, por estar interrumpidas las comunicaciones, esperar órdenes de Madrid, ni dárselas a otras autoridades que no fueran las que dependían de la suya.

La gente moza del pueblo, hombres y mujeres, acordó, en vista de la conducta de Luis, sufragar los gastos de los presos mientras estuvieran en el pueblo, y a pesar de que éstos querían dar a Eugenia, su cocinera, la soldada que del alcalde recibían para que no fuera tan pesada la carga de mantenerlos, no se la quisieron admitir las muchachas encargadas de recoger la vianda y de ayudar a Eugenia a condimentarla.

La primera vez que Eugenia les sirvió la comida, después de la tempestad, los presos, queriendo o sin querer, rompieron dos de los tres pucheros que la muchacha había utilizado. Luis la dijo que comprara otros, dándole con qué pagarlos, pero tampoco la buena joven quiso aceptar dinero alguno, diciendo que pucheros tenía y que no le faltaba dinero para comprar otros, caso de que no los tuviera.

Eugenia, por bondad de su corazón, por gratitud hacia el preso y porque su alma necesitaba amores, se había enamorado de Luis.

Estar enamorado no es cosa tan fácil ni tan común como pudiera suponerse. Sólo se enamora quien tiene la suerte de poderse enamorar y pocas personas pueden.

El enamoramiento es cosa muy distinta del deseo. Se puede desear a una mujer sin que de ella se esté enamorado. El enamoramiento es no desear nada de la persona amada y dárselo todo. Es no tener más felicidad que la del ser amado y no pensar más que en hacerle feliz. Enamoramiento es sacrificar al ser querido todas las ilusiones y todos los pensamientos y hacer depender nuestra dicha de la dicha ajena.

El enamorado ni siquiera piensa en la recompensa de un beso. Que sea feliz, él o ella, y lo demás no importa. Pero para poderse enamorar hacen falta condiciones morales que no todo el mundo posee y hasta quizá falte un proceso biológico, que ignora el mismo ser que lo sufre o que lo goza, porque para el enamorado no hay sufri-

© Biblioteca Nacional de España

miento. Las penas que el enamorado pasa por la persona amada, no son penas, sino goces y su alma y su cuerpo se convierten en abnegación y ternura.

Todo se goza porque todo es para la persona amada. Y se ha observado que cuanto más sentimiento y más bondad reunen las personas, más condiciones tienen para enamorarse. ¡Como que el enamoramiento es sólo una gran bondad y una gran ternura puestas al servicio de una gran pasion, ya que esa gran pasión no salga de aquella gran bondad y de aquella gran ternura! Y Eugenia era de la misma condición moral que la bella y desgraciada Catalina y que la desgraciada y bella sor Magdalena.

Pero Luis lo había dicho. El alma de Eugenia no había dado a la de Luis la impresión de un amor, sino la de una amistad. La consideraba su hermana sin saber por qué; era su hermana de manera tan misteriosa como para Eugenia era Luis el hombre que sentia dentro de sus sentimientos y de sus ilusiones.

Luis, comprendiéndolo, se dispuso a seguir bellamente el camino, difícil y peligroso, que supone no ofender ni disgustar a una mujer que se enamora de uno sin que uno se enamore de aquella mujer, pero que tiene en el alma todas las condiciones y las bondades de un enamoramiento.

Eugenia nada contó a nadie de la rotura de los pucheros ni dió importancia al caso; pero por la noche Luis dijo a sus compañeros de cautiverio:

—¿Queréis escaparos conmigo?

—¡Ya lo creo!—contestaron los dos a un tiempo.

—El agua ha reblandecido el piso—repasó Luis—y con estos cascotes será fácil levantar las baldosas. Esta pared—continuó diciendo Luis, señalando la de la calle,—no tiene más que sesenta centímetros escasos de cimientos. Los ahondaremos en la tierra también con estos cacharros o con otros que se romperán si es preciso; luego viraremos hacia la calle y cuando tengamos un metro y centímetros de mina, nos abriremos camino hacia arriba y el piso se abrirá a nuestra cabeza.

Como tenían tiempo, porque su traslado iba para días y la paja del suelo ocultaría la tierra que sacasen, se podía horadar el piso y luego el suelo con calma y tranquilidad, poniendo [illegible]

gente, que era tan mala como tonta, se reducía a mirar por la rendija de tarde en tarde y a vigilar la puerta.

El sargento del puesto le decía al jefe de los guardianes que vigilaran bien a los presos, pues los guardias no podían hacerlo por tener que ir, en la medida que era posible, en busca de los que se habían fugado, y el muy fanfarrón y mala persona contestaba que era mejor intentaran fugarse, porque así no habría necesidad de trasladarlos más que al cementerio.

Al oirle hablar en tales términos, las muchachas le maldecían, los mozos murmuraban por lo bajo, temiendo su furor y su poder, y Eugenia lloraba porque había sospechado algo de lo que preparaban los presos.

—Si se fuga usted—le dijo Eugenia a Luis un momento que pudo hablar con él por lo bajo y secretamente, — vaya a refugiarse al cortijo El Rosal o de La Diosa, que de ambas maneras es conocido.

—Sí, me fugaré, Eugenia—contestó Luis. ¿Está muy lejos ese cortijo que dices?

—A una legua del pueblo, hacia el Norte. Cualquiera persona le dará razón.

—Un fugado de cárcel y presidio no puede preguntar muchas cosas sin que llame la atención mientras continúe en la comarca—observó Luis.

—¡Con lo bueno que es usted!—exclamó Eugenia.

—El mundo es así, mujercita buena, hacendosa y otras cosas.

—Avisaré a la Diocesilla—decía alegre y satisfecha Eugenia, mientras aguzaba el oído a las galanterías de Luis.

—Y ¿quién es la Diocesilla?—preguntó éste.

—La hija de los cortijeros y amiga mía.

—¿Y la llaman la Diocesilla?—preguntó el preso.

—Sí, por ser hija de la Diosa, una mujer que tuvo fama de ser la más bella del país y algunos la estimaron por la más hermosa del mundo.

—¡Caramba! — exclamó Luis. — Razón tenía el «Mendrugón» cuando por bella la ponderaba.

—¿Y quién es el «Mendrugón»? — preguntó Eugenia.

—Uno de los penados que faltan—contestó Luis,—que de niño había recorrido estas tierras con su padre. Y

© Biblioteca Nacional de España

—repuso Eugenia.—Allí estará usted bien. Sólo temo... En fin, que sea lo que Dios quiera.

—¿Qué temes, niña? Dímelo para que me ponga en guardia contra tus temores, caso de que pueda llegar hasta el cortijo.

—Contra lo que yo temo no tiene usted necesidad de ponerse en guardia, y si ella es más afortunada que yo, por ser más hermosa, no importa. La cuestión es que usted se salve.

Eugenia temía que Luis se enamorara de la Diocesilla, pues aún cuando el preso ponía todos sus cuidados en dar consuelos y esperanzas de amor a Eugenia, ésta adivinaba que Luis no sentía por ella la clase de querer que hubiera deseado.

Luis comprendió que eran de mujer enamorada los temores de Eugenia y repuso:

—Yo no he de querer a mujer alguna para hacerla mía, y cuando más me quiera ella a mí, menos he de quererla yo a ella.

—Así, pues, yo habré de aborrecerle a usted—contestó Eugenia.

Que era como decir que para que Luis la estimara como ella deseaba había de odiar al preso.

—Hazte cargo de mi situación—exclamó éste.—Yo no he de llevarme detrás de las rejas juventud ni hermosura alguna, y, por tanto, cuanto más quiera a una mujer, más habré de demostrarle que me es indiferente.

La contestación de Luis, además de ser bella, estaba ajustada a los propósitos que abrigaba para con Eugenia. La decía: «te quiero, pero no he de quererte».

La muchacha quedó muy contenta; se quitó una flor que en el pecho llevaba para ofrecérsela a la primera ocasión y se la dió a Luis.

El preso la olió, dando al caso importancia y cariño, y luego dijo a Eugenia, como para evitar la conversación que podía derivarse:

—¿Y tu padre, cómo está?

—Levantándose por primera vez. Después saldrá a darle las gracias.

—Que no se haga cargo del servicio por ahora—observó Luis.

—¿Cuándo es la fuga?—preguntó Eugenia, adivinando el alcance de la observación. Luego repuso:—Qué no sea cuando esté de guardia el que me pegó.

—Pues yo quiero que sea, precisamente, estando él vigilando—dijo Luis.

—Os disparará el rifle que se compró hace poco y del que está tan ufano—exclamó Eugenia.

—Se lo quitaré y luego le romperé la cabeza de un culatazo.

—¡No, eso no!—exclamó Eugenia.

—Ni yo soy capaz de hacerlo — repuso Luis. — Pero a pesar de mi bondad, si en aquel momento le tengo al alcance de mi mano... De todas maneras, un par de bofetones nadie se los quita.

—Esto sí me gustaría.

—Tú no hagas caso, aunque oigas ruido.

—Se enfadó usted, ¿verdad?

—¡Si me enfadé! Más de dos horas estuve rabiando.

—¿Sintió mucho que me pegase?—continuó preguntando Eugenia, para descubrir la voluntad y el interés que Luis se tomaba por ella.

—Si me hubiese pegado a mí no lo hubiera sentido tanto... Bien es verdad que a mí no me pega nadie y a ti sólo pueden pegarte estando yo atado o encerrado; de otro modo, no.

Se oyó la voz del viejo que llamaba y Eugenia se retiró para volver al poco tiempo acompañada de su padre.

El alguacil, conmovido y con gran afecto, dió las gracias a Luis, más que por haberle ayudado en el peligroso trance de la inundación, por no haber abusado de su hija durante las largas horas que estuvieron solos y sin poder recibir ayuda de nadie.

Al despedirse, Luis pidió a Eugenia que durante la comunicación de la tarde, fueran a verle las muchachas que tanto les habían protegido. Eugenia transmitió los deseos del preso a sus amigas y antes de abrirse la rendija, estaban todas en el zaguán, curiosas por saber qué les quería Luis.

—Como creo—las dijo el preso, cuando pudo hacerlo,—que pronto continuaremos nuestro viaje camino del presidio, antes de emprender la marcha deseo despedirme de todos y de todas, y decirlas que las horas que he pasado en esta cárcel jamás se borrarán de mi mente.

—¿Le han sido gratas?—preguntó la morena con intención.

—Como si las hubiese pasado en un jardín habitado sólo por Venus y su corte de amor.

(Continuará)

© Biblioteca Nacional de España